

AMOR Y RABIA

JUAN ERNESTO ARTUÑEDO



www.peluche.tk

Lectulandia

Lucas es un joven universitario que parece no tener las cosas claras. Poco a poco, empieza a darse cuenta que sus anhelados sueños de juventud se deshacen entre los dedos de una realidad cruel y egoísta. Amparo está colgada de él y él a su vez de Sergio, el gordito de su clase que dibuja cómics y con el que trabaja algunos fines de semana en el restaurante.

Amor y Rabia es una obra de impotencia, de sentimientos encontrados, de dobles lecturas, de querer dejarte llevar y no poder...de maduración al fin y al cabo. La novela es un reflejo continuo de los sentimientos del protagonista, que nos obliga a identificarnos con él, con la forma en que vive su primer amor, su salida del armario, sus amargas lágrimas o sus primeras experiencias sexuales...

Juan Ernesto Artuñedo cierra su ya famosa trilogía osuna que empezó con Peluche y continuó con Cazador. Una vez más, nos encontramos ante unos diálogos que son lecciones de vida. Pero esta vez, como nuevo ingrediente en su obra, nos regala una prosa que rebosa estilo y elegancia, convertida en una extensa carta que envía a un amigo para desahogarse. Un libro escrito con las entrañas, porque puede apreciarse cómo el autor ha derramado su sangre en cada una de las páginas.

Lectulandia

Juan Ernesto Artuñedo

Amor y rabia

Trilogía Peluche 3

ePub r1.0

Polifemo7 12.12.13

Título original: *Amor y rabia*
Juan Ernesto Artuñedo, 2008
Ilustraciones: Juan Ernesto Artuñedo
Diseño/Retoque de portada: Pepe Buonamisis
Modelo portada: Ferran Gadea Latorre

Editor digital: Polifemo7
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Una muerte y yo un hombre.
Un hombre solo, y ella
una muerte pequeña

Federico García Lorca

LA CARTA

Castellón, 22 de Marzo de 2001

Querido Migue,

Ni te imaginas lo que me ha costado sentarme a escribir. He fumado tres cigarros. He pasado dos veces por el baño. He puesto a grabar una película por si me echo atrás no quedarme con la sensación de haber perdido el tiempo.

Y entre frase y frase, muerdo un trozo de calabaza al horno.

Aquí estoy sentado y no hay vuelta atrás. Tiene que salir ahora. Toda. Si espero a mañana no me atreveré nunca. Y no aguanto más. Necesito verla fuera, en papel, hecha canción, como sea. Verme libre de su carga. Imaginar por un segundo que esta historia pertenece a otra persona.

Quiero sentir la inocencia de lo nuevo y con esto dentro no puedo.

Joder, casi no me acuerdo de escribir sentimientos. Tanto tiempo ocultando recuerdos.

Parece que estoy más tranquilo. Inspiro y expiro. Decelera mi ritmo cardíaco. Bueno, a ver si puedo escribir con más calma.

Supongo que te preguntarás a qué viene todo esto, por qué tanto misterio. La razón es tan simple como que esta tarde me he encontrado en la calle con Sergio. Yo pensaba que lo había olvidado pero no. Todavía siento algo por él. O pena por mí. O las dos cosas, no lo sé. Al llegar a casa no he podido evitar llorar.

Sergio fue el gran amor de mi vida. Y todo porque me rechazó. La historia de amor más amarga que conozco y me ocurrió a mí.

A veces me consuela saber que por lo menos tuve la suerte de haberla vivido, de conocer los escondrijos donde se agarra el amor. Y la rabia. Y el rencor. ¿Quién me iba a decir a mí que algún día desearía la muerte de alguien, o la mía?

Tras pasar por casi todos los estados de amor y desengaño que conozco puedo dar gracias de haber sobrevivido.

Te voy a contar para qué me ha servido. Ahora sé diferenciar entre el amor y el deseo. Puedo reconocerlos en el pulso de mi cuerpo. No hay nada que se me escape. Lo tengo todo estudiado, estructurado, aprendido. Analizo hasta el más mínimo sentimiento que me adviene y lo defino. Esto es amor, esto es pasión, esto es deseo. Le pongo un nombre y me olvido.

Musicalmente hablando, paso el sentimiento por un filtro, le aplico una puerta de ruido y lo comprimo.

Culinariamente tratado, pongo el sentimiento en el horno a doscientos grados centígrados, luego lo enfrío y lo refino con el pasa-puré.

Acto seguido lo extermino de mi ser.

Pero me cuesta reconocerlo. Hablar de ello.

No quiero volver a llorar más. Y eso es precisamente lo que estoy haciendo, llorar. Es la única razón por la que quiero verla fuera de mi cuerpo, la razón por la que estoy escribiendo.

Quiero contarte la historia que un día me prometí no contar.

Pero deja que antes me acabe la calabaza al horno que lo estoy pringando todo.

Ocurrió hace dos años, un par de meses antes de conocerte, cuando me dejé la carrera de Humanidades.

Bueno, viene de un poco antes. Comenzó el día que me senté en la última fila de clase, cuando estudiaba Relaciones Laborales, y entre el profesor y yo se interpuso una espalda ancha y grande. Un chico de movimiento lento y pausado. Mi primer amor.

No tardé en sentarme a su lado, abandonando a los compañeros que venían conmigo de estudiar FP administrativo.

Rápidamente nos hicimos amigos. Sergio dibujaba cómics. Yo tocaba la batería en un grupo de rock. Sergio era amante del cine. Yo de rayar cintas heavys en el casete. Sergio era muy inteligente. Yo suspendía exámenes por mis faltas de ortografía. Él seguía siendo él mismo. Yo quería ser como él.

Enseguida formamos un nuevo grupo de amigos y organizamos la primera comida de clase. Fue en un chalet de Betxí, un pueblo de Castellón. Entre tabaco, bebida y risas me colgué por él.

Yo tenía veinte años. Sergio dos menos. Yo sentía que le quería y para él sólo era un juego.

Recuerdo cómo pasaban los días, cómo idealizaba a Sergio cada momento. Así todo un año de ensueño hasta que se fue a la mili y me dejó más solo que la una.

Me olvidé de él y conseguí pasar a segundo. Curso donde conocí a Carmen. Vivía muy cerca de mi casa y la recogía para ir a clase. Nos hicimos buenos amigos.

Terminamos la carrera en junio del año siguiente. Yo tenía claro que quería seguir estudiando. Además, daba la casualidad que en el edificio de Relaciones Laborales se cursaba también Magisterio Musical, y la biblioteca se distribuía entre las dos materias.

Recordaba los libros de pedagogía musical, filosofía de la música, contrapunto y armonía, que leía apasionadamente entre cifras y cálculos de Estadística. Sí, lo tenía claro, iba a estudiar Magisterio Musical.

Presenté la documentación de acceso a la nueva carrera en el último momento y, cuando vi los resultados al día siguiente, de las setenta plazas que se ofertaban mi nombre aparecía el número setenta y uno. Pregunté en información y me tranquilizaron. Según los chicos, siempre había un grupo de personas que al final se daban de baja. Se ve que muchos estudiantes rellenaban la solicitud de dos o tres

carreras y a la hora de elegir descartaban las que no les interesaban.

Por la tarde le comenté el incidente a mi profesora de piano. Ella me dijo que no cursara otra diplomatura. Opinaba que desperdiciaría tres años de mi vida para lograr un título similar al de Relaciones Laborales. Me aconsejó estudiar una licenciatura. Si algún día cambiaba de opinión y preparaba oposiciones me daría muchos más puntos. La verdad es que no le faltaba razón.

Pasé la noche mirando licenciaturas y me decidí por Humanidades. Sí, era la carrera perfecta. Se dividía en cuatro disciplinas: Arte, Literatura, Geografía e Historia. Conocimientos que no tuve la oportunidad de adquirir, a diferencia de todos mis amigos del colegio que se apuntaron a bachillerato, por estudiar FP administrativo. Pero bueno, yo pasé los mejores cinco años de mi vida, menos el de la depresión, con cuatro libros y un bloc.

Sigo. Al día siguiente fui corriendo a la universidad y por suerte todavía estaba abierto el plazo de inscripción de matrícula.

Por la tarde me llamó Carmen. Yo le comenté que había cambiado de opinión y que iba a apuntarme a Humanidades. Ella me dijo que quería estudiar conmigo. Yo no me lo tomé muy bien. No me preguntes por qué. Pero, si ni siquiera había visto las asignaturas. No sé.

Supongo que fue en esta conversación cuando me di cuenta que Carmen sentía algo por mí. Y me acojoné. No supe reaccionar. Yo por entonces estaba dentro de mi armario jugando con las musarañas al parchís.

Le dije que se lo pensara. Le advertí que yo era un bala perdida y que si me salía otra cosa me dejaba la carrera. Pero a Carmen no le importaba. Yo quería asegurarme de que no estudiaba por mí. Pero ella lo tenía claro. Por lo menos me quitó de encima la responsabilidad de llegar a corresponderla algún día.

Y es entonces cuando se vuelven a encontrar nuestros caminos. Sergio estudiaba Humanidades. Había empezado un año antes, cuando Carmen y yo hacíamos tercero de Relaciones Laborales. Pero el destino quería volver a unirnos. Humanidades te permitía la posibilidad de hacer un curso puente, si terminabas otra carrera antes, y pasar directamente a tercero. Es decir, ganabas un año.

Resumiendo, Carmen y yo pasamos un año yendo y viniendo al curso puente y cuando empezamos tercero coincidimos en clase de Sergio.

Recuerdo que la recogía en su casa.

—¿Quién es?

—¿Está Mari Carmen Café con Leche?

—Ja, ja, ahora bajo

Me miro en el cristal de la puerta. Mierda de pelo. Me tendría que haber duchado. A la mierda.

—Buenos días, Lucas

—Chica, qué guapa vas
—Gracias
—Las señoritas primero
—Qué galán
—Ya lo sé
—Ja, ja
—¿Qué tal ayer, Carmen?
—Bien
—¿Y tu hermana?
—Huy, ella pasa de todo
—¿Y tú?
—Yo guapa, ¿no me ves?
—¿Has cogido el paraguas?
—¿Para qué?
—Por si me derrito
—Creído
—Un poco
—Con el pelo que llevas hoy
—¿Se nota mucho?
—Bueno
—Es que ahora soy moderno
—¿Y las zapatillas?
—¿Qué le pasa a mis zapatillas?
—Que llevas toda la semana las mismas
—Yo no me he metido contigo
—Perdona
—Son del mercadillo, a diez euros
—Qué baratas
—Las hay a cinco
—Se romperán enseguida
—Por eso me he comprado éstas
—¿No tienes más?
—¿Para qué?
—Y ¿cuando las tengas que lavar?
—Me compro otras
—No será por dinero
—Prefiero gastarlo en otras cosas
—Lucas, no puedes ir por el mundo hecho un desastre
—Y no lo voy

—Un poco sí
—Te has levantado con ganas de
—¿Me has traído los apuntes de geografía?
—Ay, no, mañana
—¿Tan desastre voy, Carmen?
—Es que la ropa que llevas
—Qué
—Podías ponerte, no sé, más colores
—El negro me queda bien, estiliza
—Ya, pero siempre igual
—No tengo más ropa
—Vamos al centro de compras
—¿Al centro?
—¿Qué le pasa al centro?
—Muy caro, ¿no?
—Pero hay cosas más chulas que adonde vas tú
—En el mercadillo también venden ropa de color
—Ya, pero cuando la lavas un par de veces adiós
—Eso sí. Yo le digo a mi madre que no le ponga tanto detergente. Total, tampoco la ensucio tanto. Y cuando me doy cuenta ya se ha echado a perder
—Lo que yo digo
—¿Y qué quieres que haga?
—Nos vamos de compras al centro, que ya verás como no es tan cara como dices
—Como quieras
—Además, esas camisetas que llevas son baratas
—¿Sí?
—No vale la pena ahorrar tanto, chico
—Puede ser, porque luego me lo gasto en chorradas
—Como el piano
—El piano no, ya sé que no funciona pero me lo van a arreglar
—Siempre comprando aparatos de segunda mano
—Ay, no me agobies. Me gusta comparar precios
—Ya, pero si luego no los puedes disfrutar es tirar el dinero
—Eso sí
—La semana que viene quedamos sin falta
—A sus órdenes, mi sargento
—Ja, ja
Subimos al autobús.
—Aquí, Carmen

—Gracias
—Por fin, ¿no?
—Es que siempre vas corriendo
—Porque quiero llegar a todo
—Ay, Lucas
—Ya lo sé
—Mira, me he hecho esquemas de arte clásico
—¿A ver?
—¿Te hago fotocopias?
—Da igual
—¿No te gustan?
—Prefiero hacérmelos a mi rollo
—Como quieras, Lucas
—Así de paso estudio
—No te gusta la letra
—No mucho, Carmen
—Con lo bonita que es
—Para ti
—¡Lucas!
—¿A que soy guapo?
—Qué tonto
—Es broma
—Sí, pero tú te lo crees
—Claro
—¿Lo ves?
—Hoy es un día perfecto
—Te has levantado con buen pie
—Alegre
—Ay, Lucas Lucas
—Ay, Mari Carmen Café con Leche
—¿De dónde has sacado ese nombre?
—No sé, ¿tú no me llamas Estrellita a veces?
—Porque estás en las nubes
—Me encanta
—No lo jures. Anda tira
Bajamos del autobús.
—¿Qué hora llevas, Carmen?
—Para tu cumpleaños te voy a regalar un reloj
—No que me quedan mal

- Menos cinco
- Que con esta muñeca tan fina parezco una chica
- Pues, una agenda
- Quita, quita
- A ver si te centras un poco
- Me despisto cuando quiero
- Eso sí que es verdad, porque cuando te interesa
- Además, ¿dónde quieres que lleve la agenda?
- En la cartera
- ¿Tan pequeña me la ibas a regalar?
- Ay, Lucas
- Mira, ahí está Sergio
- ¿Dónde?
- En la cantina
- Yo me voy para clase
- Vale
- ¿No vienes?
- Bueno

Era ver a Sergio y me saltaban todos los fusibles del cuerpo. Me transformaba en un átomo de energía imantado hacia su yo.

Fuera del influjo de mi amado, al llegar a clase solía encontrarme con Amparo, una chica con la que hice buenas migas el año del curso puente al coincidir en una asignatura.

A Carmen no le hacía mucha gracia, siempre se metía con su forma de ser o de vestir, lo que de alguna manera confirmaba la hipótesis de que Carmen sentía algo por mí.

Amparo era una chica muy viva, impulsiva, pasional. Siempre estábamos con la bromita de aquí para allá. Vivía en Vinaros, un pueblo costero al norte de Castellón, y no recuerdo las veces que insistió en llevarme a la playa antes que empeorara el tiempo. Me hacía sentir muy bien. Recuerdo cómo se reía de mí cuando intentaba hablar catalán y no me salía. Ya casi ni me acuerdo cómo la conocí.

- Perdona, ¿llevas fuego?
- Sí, claro. Huy, que ahora no lo encuentro
- No te preocupes
- Toma, toma
- Gracias
- De nada, ¿cómo te llamas?
- Amparo
- Yo Lucas, encantado

—¿Eres nuevo?
—No, bueno, sí. Estoy haciendo el curso puente
—¿Qué estudiaste?
—Relaciones Laborales
—Ah, pues que te vaya bien, Lucas me has dicho, ¿no?
—Sí. Gracias. Se te ha apagado el cigarro
—Da igual
—Chica
—Me llamo Amparo
—Toma, Amparo
—Gracias
—¿Te puedo hacer una pregunta?
—Claro
—¿Te he hecho algo?
—No
—¿Y por qué me hablas así?
—No te he hablado de ninguna forma
—Por eso mismo
—Es que no me parece bien que haya curso puente en Humanidades
—¿Por?
—Porque nosotros tenemos que estudiar cuatro años y vosotros sólo dos y medio
—¿Y qué problema ves?
—Que cuando acabes tendrás el mismo título que yo
—¿Y?
—No me parece justo
—A mí tampoco
—¿Y por qué no estudias los cuatro como todos?
—Porque me ahorro año y medio
—Pues vaya idea tienes de justicia
—Yo estudio por gusto, no os voy a quitar el trabajo cuando acabe
—Tú qué sabrás
—Lo sé
—¿Y a qué te vas a dedicar?
—A otra cosa
—¿Estudiar otra carrera?
—No, que en casa me matan
—¿Por?
—Porque ya tengo edad de trabajar
—¿Y por qué no trabajas?

—Porque me gusta estudiar
—Pero estudiar no es gratis, ¿de dónde vas a sacar el dinero?
—En verano trabajo en un restaurante
—Ya, pero
—También dan becas por aprobar
—¿Y cuando acabes no quieres trabajar de esto?
—¿En qué?
—De profesor, o preparar oposiciones
—No puedo opositar
—¿Por?
—Soy insumiso
—Vaya, lo tienes todo
—¿Qué quieres decir?
—Nada, ¿de verdad eres insumiso?
—Sí
—¿Y qué problema hay con las oposiciones?
—Que cuando me juzguen me inhabilitarán por cuatro años en cualquier trabajo

de la Administración

—Puedes trabajar en un colegio privado
—Eso sí
—¿Entonces?
—Chica, que
—Me llamo Amparo
—Amparo, que no voy a quitaros el trabajo
—Si no es por eso
—¿Entonces por qué?
—Porque no me parece justo
—¿El qué?
—Lo del curso puente
—Ya, pero qué le voy a hacer
—Y, tu amiga
—¿Carmen?
—Sí. ¿También hizo Relaciones Laborales?
—Estudiamos los dos con Sergio
—¿Sergio el de los cómics?
—El mismo
—No lo sabía

Se ve que Amparo y Sergio ya tuvieron sus más y sus menos. Resulta que meses antes le encargaron dibujar a Sergio el logotipo de la camiseta oficial de la carrera.

Recuerdo que se trataba de una viñeta donde tres profesores abrían la puerta de una clase y se encontraban con el aula repleta de monos. La ilustración se acompañaba de un lema que rezaba: «Nosotros también somos seres humanos», utilizando el juego de palabras de Humanidades y la crítica al mejor o peor trato de algunos profesores hacia su alumnado.

Como idea era genial. Más tarde nos enteramos que a uno de los profesores no le hizo ni puñetera gracia. En cambio, los otros dos se lo tomaron como un halago. Lo que tienen estas cosas.

Pero a lo que iba. El problema, según Amparo y unos cuantos, era que Sergio había escrito el lema en castellano. Creo que hasta organizaron una reunión para decidir por votación el idioma de la camiseta. En vista del desacuerdo general optaron por escribir el lema en catalán y en castellano. Y menos mal que, aparte del lema, el dibujo era universal, si no le hubiera tocado identificar a los monos catalanes y a los castellano parlantes.

La camiseta la guardo bajo un montón de ropa en el armario.

Pero bueno, aparte de este desencuentro, Amparo y Sergio no se llevaban mal.

Recuerdo que por estas fechas empecé un trabajo de filosofía sobre la Pena, y un día me acerqué a la biblioteca a por el Diccionario de la Real Academia...

Pena (*del lat. Poena*), cuidado, aflicción o sentimiento interior grande. Dolor, tormento o sentimiento corporal.

... y algún texto de Lorca.

No es angustia porque con pena se puede sonreír, ni es un dolor que ciega puesto que jamás produce llanto; es un ansia sin objeto, es un amor agudo a nada, con una seguridad de que la muerte está respirando detrás de la puerta.

Al salir de la biblioteca me encontré a Sergio dibujando en un aula vacía como solía hacer.

—¿Se puede?

—Hombre. Pasa, Lucas

—¿Qué tal, Sergio?

—Bien

—Tiene buena pinta

—Bueno, se hace lo que se puede

—Está de puta madre

—Gracias

—Me gustó mucho la portada de ayer

—¿Sabes que eres el único que se ha dado cuenta?

—¿De qué?

—Que estaban todos los personajes sobre fondo blanco

—Ah, bueno, no sé

—Igual tú me puedes ayudar
—¿Yo?
—Es que quiero poner música en una viñeta
—¿Cómo?
—Eso es lo que quiero saber
—Pues, no sé
—Algo que incremente de intensidad
—¿Un subidón?
—Sí
—Déjame esa regla
—¿La escuadra?
—Sí
—Toma, Lucas
—Dibuja algo... así
—Vaya
—Qué
—Con lo que me ha costado pensar a mí
—No es nada del otro mundo
—Es lo que quería
—Puedes hacer esto también
—No, déjalo
—Como quieras
—Me gusta este dibujo
—Pero si pones aquí
—Que no, Lucas
—Lo siento
—No pasa nada
—Perdona
—¿Por qué te voy a perdonar?
—No sé
—Si llevo toda la mañana para esta viñeta y llegas tú
—Qué va, si es una chorrada
—No lo es
—Si tú lo dices
—Todavía no he escuchado nada de tu música
—Ah, bueno, es que todavía
—Me hablas de las canciones pero
—Es que aún me falta
—¿Y a qué esperas?

—Ya, bueno, es que antes me gustaría

—¿Sí?

Como no podía decirle a la cara todo lo que le quería, todo el amor que sentía, al llegar a casa me mataba a pajas. Pajas enamoradas de Sergio. Aunque sabía que no debía hacerlo, pensaba en Sergio cuando me metía en la cama. Vete a saber cómo me recrearía.

Me bajo los calzoncillos. Pienso en Sergio. Estamos hablando en la cantina de la universidad. No, en un aula vacía. Le miro el cuello y las orejas. La nariz. La boca. Los dientes. La lengua. Habla y yo asiento. Oigo el silencio, el ruido de fondo. El sonido de su cuerpo. Le quiero.

No debo pensar en eso. Sólo en su físico. Su cuerpo grande. El pelo de su pecho. Las manos y los dedos. Le acaricio la cara. Él sigue hablando como si nada. Yo le subo un poco la camiseta. Él se la baja. Le cojo de la mano pero la aparta. No me atrevo a tocarle una teta. Lo hago. Se da cuenta pero sigue hablando. Yo le digo que le quiero.

No debo decirle eso. Sólo puedo mirar. La cara. La perilla. Las gafas de pasta. Los ojos. Me acerco despacio y le beso. Ya no habla. Está quieto. Le beso de nuevo. No mueve los labios. No me atrevo a meter la lengua. Le doy besitos en la cara. Le doy besitos en el cuello. Le muerdo el lóbulo de la oreja. No se estremece como debería hacerlo. ¿Por qué tendría que estremecerse conmigo? Soy sólo un amigo. Un buen amigo. Pero le quiero.

Basta ya. Salgo del aula. De la universidad. Me subo al primer camión que pasa. Uf, qué gordo está el camionero. Si lo llego a saber me paso por aquí primero. Éste no habla. Sólo quiere sexo. Me da igual por delante que por detrás. Sí, así, más.

Dejo caer el papel higiénico al suelo y me duermo.

Ya por entonces era consciente que enamorarse lo hacía uno pensando. Estaba claro que había un contacto con el interesado. Pero se trataba del mismo proceso que cuando estudiaba algo práctico, el trabajo duro siempre lo hacía en casa.

Y así me ocurrió. Tanto pensar y pensar, que cuando lo veía en clase no era capaz de relacionarme con el Sergio de carne y hueso sino con la imagen que me había hecho de él, su ideal. Aquí residía el principal problema de todo. Tenía un doble diálogo en mi mente. Hablaba el Lucas de fuera y el Lucas del inconsciente. Imagínate a Sergio conversando con Lucas al cuadrado. Pero bueno, yo hacía y decía lo que me había planeado. No me dejaba llevar. Respondía a los deseos de mi mente y no de mi cuerpo. Y al final, hastiado de tanta hipocresía mental, acababa rallándome de tal manera que no sabía si decirle negro o blanco, si le estaba agobiando o si por el contrario me necesitaba en su regazo. Cuando el amor llega así de esa manera uno no tiene la culpa.

Descendí por las arenas movedizas de mi susceptibilidad y no fui capaz de poner

freno. El problema era que en ese momento tampoco había marcha atrás y, como siempre, me pasaba de largo tres pueblos. Sólo quería estar con Sergio y que él estuviera conmigo. Ni te imaginas lo que llegas a alejarte de ti mismo cuando estás así de hundido.

Y para conquistar había que aparentar. Ser el mejor. Yo funcionaba así. Necesitaba verme en una posición superior. Otear desde lo alto como los pájaros. Todo por un complejo de inferioridad jamás superado. Quería controlarlo todo pero se me escapaba de las manos.

Por favor, necesitaba un estímulo exterior para romper este drama.

Ana rompía todas las normas. Estabas tan tranquilo sorbiendo de un cortado corto de café con sacarina en la cantina y aparecía por el pasillo ella, como en un desfile de modelos en pasarela, marcando tendencias.

Ana era la chica más trasgresora de la universidad, sin hacer el mínimo esfuerzo, sólo dejándose llevar.

La conocí de borrachera en el Ricoamor, un pub de Castellón. Me encantó su forma de mirar, su lengua libre de pecado, su pecho abierto a los demás. Hablamos de rock and roll y de libros. En el baño le propuse de actriz para un corto que estaba preparando por entonces con mi amigo Edu. Ella se metió la raya primero y luego me dijo que sí.

Yo dejaba el cortado corto en el plato y la llamaba.

—¡Ana! ¡Ana!

—Ei, Lucas

—¿Qué tal?

—Hasta el coño de clases

—Ya tengo el guión

—Perfecto

—Bueno, un poco lo que te conté en el Rico. Actores somos Dani, Jorge, otro colega que no conoces y yo

—Pero, ya te dije que yo no he actuado en mi vida

—Tranquila, nosotros tampoco

—Ya veremos lo que sale de ahí, que no es tan fácil como parece

—Intentaremos hacerlo sencillo, una escena corta, otra, y a montar

—¿Quién lo dirige?

—Edu, ¿no te acuerdas? Creo que te lo presenté un día en el Octopussy, pero aún no estábamos con el proyecto

—Bueno, da igual, yo me fío de ti

—Y mi colega Fernando de Motel nos ha compuesto la canción de la banda sonora

—Por mí no hay problema

—Gracias. Sólo me queda convencer a Dani, que el tío no quiere ni a la de tres. Si sólo tiene un par de frases. No sé qué problema le ve

—Pues que no querrá hacerlo y punto

—Ya

—Busca a otro actor

—¿A quién?

—Se lo puedo preguntar a un amigo de clase

—Vale, pero de confianza

—Claro, coño

—Que conozcas, quiero decir

—Te digo algo esta semana

—Sí, míralo Ana, por favor, que cuando lo tengamos nos ponemos a ensayar

—Eso, habrá que ensayar un poco, ¿no?

—Claro, podemos quedar en alguna clase vacía y repasar el texto

—Vale

—Ya verás que es muy fácil

—Por mí ya te digo, no te preocupes

—Gracias

—¿Y de dónde vas a sacar la cámara?

—La voy a pedir a la universidad

—¿Te la dejarán?

—¿Por qué no?

—No sé, aquí son tan cutres para todo

—Mujer, yo creo que si les presento el proyecto y el guión

—¿Para cuándo tenéis pensado rodarlo?

—No sé, dentro de un mes o algo así. El director todavía se está preparando los planos y las escenas

—Bueno, pues hablamos. Me voy que llego tarde

—Vale

Aparte del cortometraje también le contaba mis neuras. Como a Gisela, mi amiga viajera que por entonces vivía en Dublín.

Las apreciaba porque eran auténticas, sabían lo que querían y hacían lo que les daba la gana. Además, nunca justificaban sus acciones. Y lo mejor de todo era que el tiempo siempre les daba la razón.

Ana y yo pasábamos horas y horas en los pasillos de la universidad hablando de música, libros y lo que surgiera en ese momento sin más.

Con Gisela me comunicaba por carta. A saber qué le contaría.

Ei Gisela, ¿cómo va?

Aquí como siempre, de casa a la universidad y de la universidad a la parra. Acabo

de empezar la nueva carrera y dentro de nada a ponerse las pilas con los exámenes.

Me alegro que hayas conocido al Tomy ese. Me imagino un pipiolillo de tu edad con el pelo rasta, como a ti te gustan, y camiseta negra (es broma). Ya me dirás cuánto te dura, que tú a los dos meses te agobias. Cuando parece que va en serio te rajás y sales por patas. Ay, es que hoy me he levantao alegre y me ha hecho mucha ilusión recibir tu carta, que ya hace dos meses que no sé ná de ti.

Joder, qué caros están los alquileres en Dublín. Lo que te cuesta una semana, aquí pagas un mes. Pero bueno, como cobras más seguro que te llega para todo. Me alegro también que hayas encontrado piso cerca del Trinity College o como se diga.

Ni te pregunto ya por tu inglés, ahora lo que noto en tus cartas es que se te está olvidando el castellano. Me hace gracia alguna expresión que utilizas cuando cambias el orden de adjetivo y nombre. Buena señal.

No sé cuándo iré a verte. Te agradezco que me pueda quedar en tu casa, ya sé que a ti no te importa y que me dirás de todo cuando me escribas de nuevo pero te lo agradezco. Y si hay que dormir en el suelo tampoco me importa.

Pues eso, que me pongo a mirar vuelos y ya te aviso. Qué gracia cuando me dices que sales de casa con gafas de sol y paraguas. Joder, qué rollo. Sé cuánto echas de menos tu Grao de Castellón. Cuando vengas no te vamos a conocer de lo blanca que estarás (no me mates). Pero bueno, tú con un par de días al sol ya estás negra otra vez.

Ya me cuentas lo de «tu novio». Y cuídate por ahí, que eres muy valiente. Y si vienes avisa que iremos a recogerte Dani y yo. Aunque no quieras, tú dinos a qué hora llegas.

Bueno, un beso con lengua.

P.D. Te echo mucho de menos, a veces me doy cuenta que me haces falta aquí, que tanto soñar me cuesta poner los pies en la tierra

Sí, tenía planeado ir a verla. Pero antes iban a pasar muchas cosas, como por ejemplo la primera cena de clase, y la consiguiente fiesta de Humanidades en la discoteca.

Como Sergio vivía en Nules, y por si bebíamos más de la cuenta, le dije que se quedara a dormir en el cuarto de invitados de mi casa.

Cuando llegó por la tarde todavía no me había duchado. Le insistí para que entrara en el comedor con mis padres, que yo acababa enseguida, pero Sergio prefería esperar en mi habitación.

Una vez allí, y mientras cogía la ropa limpia, le dije que echara un vistazo a los libros de la estantería mientras me duchaba. Sin darme cuenta, bueno, un poco sí que quería tentar la suerte, de la temática gay de casi todas mis novelas.

Al salir del cuarto de baño me encontré de frente con una expresión rara en la cara de Sergio. ¿Qué habría descubierto en ese espacio de tiempo? Yo, como siempre,

me hice el loco.

—Ya estoy

—¿Nos vamos, Lucas?

—Sí, ahora

Entro en el comedor y me despido de mis padres. Bajamos en silencio por el ascensor y subimos al coche.

—¿Qué tal todo, Sergio?

—Bien

—¿Y el restaurante?

—Se han quedado trabajando

—¿Te han dicho algo por venir?

—No, han llamado a otro camarero

—Ah, perfecto

—Sí

—Seguro que lo hace muy bien

—Trabaja en un bar de Vila-real

—Ah, entonces

—¿Puedo bajar la ventanilla?

—Claro, ¿te pongo el aire acondicionado?

—No hace falta

Llegamos al restaurante. Nos sentamos al lado de Carmen. Bromeamos.

—Qué tonto eres, Lucas

—Ay, Carmen

—Pásame las bravas, anda

—A ver si engordas

—Je, je

—Toma

—No gracias, come tú

—Era broma

—Sí, sí

—Mujer

—Ahora vengo

—Sergio, ¿crees que se ha enfadado?

—Hombre

—Estaba de coña

—Es que hay cosas que no se deben decir

—Vaya

—Sí, la has cagado

—Ahora vengo

—¿Carmen?

—¿Sí?

—Soy Lucas

—Ahora salgo

—Vale

—Ya, ¿qué quieres?

—No te habrás enfadado conmigo

—¿Por qué?

—Por lo de las bravas

—Qué va

—Ah, yo pensaba

—Es que Amparo no ha dejado de observarme desde que hemos entrado en el restaurante

—¿Y eso?

—¿Yo qué sé? Por eso he venido a mirarme en el espejo

—¿Para ver si tienes monos en la cara?

—Tonto

—Y yo que pensaba que estabas vomitando

—¿Por?

—Por lo de las bravas

—Ay, Lucas

—¿Qué problema tienes con Amparo?

—No me cae muy bien

—Es buena chica

—Será contigo

—De verdad, Carmen

—No sé

—Además, a veces me habla de ti

—¿Y qué dice?

—Nada malo

—Ah

—Que le huyes un poco

—Normal

—¿Por qué?

—¿Tú has visto cómo me mira?

—Bueno, que se enfría la cena

Acabamos de cenar y salimos todos del restaurante. Llegamos a la discoteca. Sergio me invita a un gin-tónico. No le dejo. Insiste. De acuerdo, pagaré luego.

—Ahora vengo, Sergio

—Vale
—¡Oye, perdona!
—¿Sí?
—¿Puedes poner alguna canción de Beck?
—¿Cuál?
—Me da igual
—Luego
—Gracias
—Hola, guapa
—Ei, Lucas
—¿Cómo va?
—Bien
—Amparo
—¿Sí?
—He hablado con Carmen
—¿De?
—Le he dicho que te huye un poco
—Lucas
—No te enfades
—Si a mí me da igual
—Ya
—Bueno, ¿vas a venir a Vinaros o no?
—Sí
—Aún podemos ir a la playa
—Cuando quieras
—Ya estoy aquí, Sergio
—¿Sabes una cosa?
—Qué
—Es que me da un poco de palo contártelo, Lucas
—Dime
—Pues, verás, ¡es Beck!
—¿Dónde?
—No, hombre, la canción que suena
—Ah
—Qué chula, me voy a bailar, ¿te importa?
—Qué va
—Mari Carmen Café con Leche
—Estrellita
—Estrellita de luz y color que va por el mundo en busca de amor

—Ay, Lucas, cómo eres
—Soy como soy
—Toma
—¿Qué es?
—Un regalo
—Gracias Carmen, pero si no es mi cumpleaños
—Ábrelo
—Qué chulo
—Así lo puedes llevar en el bolsillo
—Es decir, que ya nunca más podré pedirte la hora
—Me la puedes pedir cuando quieras
—Bueno, cuando me olvide cogerlo
—Y te mato
—Tranquila, que lo llevaré siempre conmigo
—¿Salimos un rato?
—Claro, Sergio
—Es que hace un calor
—Vamos
—Uf, qué bien
—Sí
—¿Nos sentamos?
—¿Dónde?
—Allí
—Vale
—No tardaremos mucho en irnos, ¿no Lucas?
—Cuando quieras
—Gracias
—¿Pasa algo?
—No, que estoy cansado y mañana curro
—¿A qué hora te pones?
—A las doce
—Ah, bueno
—Pero hay que cargar las cámaras
—Nos vamos cuando quieras
—Gracias
—¿Quieres gin?
—No, ya no puedo más
—Vale
—Quería decirte antes, Lucas

—¿Sí?
—Que.
—Chico, habla
—... que se me acerca mucho Vicente
—Ah
—¿Ah qué?
—Nada, que pensaba que era otra cosa
—¿El qué?
—Sigue, perdona. Vicente el de clase, ¿no?
—¿Quién va a ser?
—Claro
—Cuando me he puesto a bailar
—¿Y?
—Me da cosa decírtelo
—¿Por?
—Es que se pegaba mucho
—¿Y?
—Yo me alejaba y al rato ya lo tenía al lado
—¿No le has dicho nada?
—No
—¿Y él?
—Él me miraba
—No le des importancia
—Ya
—Yo pensaba que tú
—Qué
—Nada, si sabías si, nada, déjalo
—¿Cómo va el cómic?
—Bien
—Me alegro
—La gente no es buena
—¿A qué viene eso ahora, Sergio?
—No sé
—¿Por Vicente?
—En general
—Tú eres de puta madre
—Yo tampoco lo soy
—Claro que sí
—Que no, Lucas

—Tienes muy buen corazón
—Si tú supieras
—¿El qué?
—Cosas
—¿Qué tengo que saber, Sergio?
—Sobre mi pasado
—¿Has matado a alguien?
—No
—¿Entonces?
—He hecho cosas feas
—¿A qué te refieres?
—Cuando estudiaba bachillerato había un chico que dibujaba muy bien
—¿Y?
—Que yo le tenía envidia
—¿Y qué?, es normal. Yo envidio a gente que hace música y conciertos
—Pero es diferente
—¿Por?
—Porque tú te la tragas
—Vaya
—Qué
—Me conoces más de lo que pensaba
—Y yo le jodí
—¿Cómo?
—Bueno, es una historia muy larga, pero al final tuve en mis manos que el chaval, que
—Tío, no llores
—Qué más da
—Claro que da, Sergio
—Es que le jodí pero bien
—Olvidalo
—No puedo
—Claro que sí
—Pude ayudarle y le jodí
—No pienses eso
—¿Y qué hago?
—Tío, has bebido, no te martirices que no sirve de nada
—Y encima estoy gordo como una foca
—¿Qué tiene que ver eso ahora?
—¿Así cómo voy a ligar?

—Claro que puedes

—Mírate, tú estás delgado, se te acercan todas las tías

—Bueno, pero a mí

—¿Nos vamos?

—¿Dentro?

—A casa, por favor

—Claro

Y allá que fuimos. Viaje tranquilo hasta casa y al abrir la puerta me di cuenta que no estaban mis padres. Joder, me dio un pinchazo en el pecho que me lo metió más para adentro. Pero disimulé como sabía hacerlo. Nos dimos las buenas noches desde el pasillo y entramos cada uno en su cuarto. En la cama te puedes imaginar la paja mental.

Dios, ¿qué hago?, ¿voy? No, ¿me he vuelto loco? Después de lo que me ha contado de Vicente no procede. Joder, cómo ha cambiado desde Relaciones Laborales. Antes no tenía un pelo en el pecho y ahora le sale por el cuello de la camisa. No, no puedo ir. No debo. ¿Y qué hago?

A ver, veamos, ¿qué pasaría si fuera?, ¿si abriera la puerta de su habitación?, ¿si le diera las buenas noches como toca, como un amigo, mirándole a la cara y no desde el pasillo como un cobarde? No, cobarde no. Es que no depende de mí. Si yo iría y le daría las buenas noches y luego esperaría a ver cómo reacciona. Tampoco pasa nada por eso. No, no puedo. Además ha bebido. Yo le he dejado caer cosas alguna vez pero tampoco sé si lo ha pillado. Bueno, ¿qué digo?, si esta tarde le he dejado solo en mi cuarto con los libros. Sí, con los libros a solas, y encima le digo que eche un vistazo y que coja el que quiera. Más claro agua. Con que sólo haya visto los títulos del lomo ya se habrá dado por enterado. Pero eso tampoco quiere decir nada. Bueno, sí, mucho. Pero de ahí a decírselo a la cara. Joder, tampoco hay necesidad de hablar. Yo abro la puerta, antes espero a que se haya metido en la cama y así no lo pillo en pelotas porque si no ya lo mando todo a la mierda desde un principio. Bueno, esta fase ya habrá terminado, que con el rato que llevo comiéndome el tarro que no se haya dormido ya y entonces a ver con qué cara voy yo a decirle buenas noches si ya está roncando. Como mucho buenos sueños.

No se oye nada. ¿Yo de dónde he sacado que ronca? A ver, recapitulo. Abro la puerta y le doy las buenas noches. O le digo cualquier otra cosa que se me ocurra en ese momento. Joder, que estamos solos en casa. Cuando he abierto la puerta de fuera casi me da algo.

¿Dónde se habrán ido mis padres?, ¿al pueblo? A ver si vuelven y nos pillan follando.

¿Dónde me había quedado? Eso, abro la puerta, le digo algo, y qué. Pues espero a que me responda. Espero a ver qué hace, qué me dice. Si nunca tengo problemas para

hablar con nadie. Ya, pero esto es diferente, no voy a pedirle apuntes ni nada por el estilo.

No, no puedo. Yo lo tengo claro pero él no. Si entro la cago. Me cargo nuestra amistad de un plumazo. Ya me veo como Vicente, detrás de él, y Sergio huyendo. No, bueno, yo le caigo mejor que Vicente. Soy su amigo. Su mejor amigo. Pero ¿qué es Sergio para mí? No lo sé. Le quiero. Yo no quiero que sea mi amigo, ¿para qué?, ¿para hablar?, ¿para compartir?, ¿para ayudarnos? No, para eso no lo quiero. Él sí. Yo no, soy un puto egoísta. Si la amistad es lo más grande del mundo. Ya, pero amigos son Dani, Gisela, Carmen, Ana, incluso Amparo que la conozco de cuatro días. No quiero ser su amigo. Le quiero. Pero no puedo entrar en su habitación. Él no está preparado. Ni yo para que me diga que no. Ala, a dormir se ha dicho

No fui. Me acojoné. A la mañana siguiente me despertó él. Yo tan normal. Sergio con ganas de contarme algo. Algo importante, pensé.

¿Qué quiso decirme esa mañana? La respuesta la sé hoy, dos años después. Pero entonces no se atrevió. Yo disimulé como solía hacer y lo acerqué a su casa.

El sábado siguiente me fui de compras con Carmen, empeñada en llevarme de tiendas al centro con la difícil tarea de renovar mi armario.

Pues allá que fuimos. Que si mira esta camiseta de colores, que si este pantalón a rayas. Al final, por no hacerme de rogar, salí con dos camisetas y un pantalón de pana. La verdad es que las tiendas del centro no eran tan caras como yo pensaba.

La camiseta que hoy llevo puesta es una de ellas.

Pero bueno, lo importante del día de compras me lo dijo Carmen tomando un café.

—Bueno, habrás visto el cómic de Sergio

—Sí, está muy chulo, sobre todo la portada

—Pero ¿lo has visto por dentro, Lucas?

—Por dentro no

—Pues, salimos nosotros

—¿Ah sí?

—Me da vergüenza

—¿El qué?

—No sé si

—¿Qué ha puesto?

—Pues, en una viñeta salimos tú y yo

—¿Y?

—Yo diciendo que te quiero

—¿Y yo, Carmen?

—Tú que lo nuestro es imposible porque eres gay

Me quedé sin palabras. Yo empeñado en disimular y ya iban largando a mis

espaldas.

Mientras hablaba con Carmen, mi doble conversación me informaba que yo mismo se lo había puesto a huevo a Sergio, el pasado sábado, cuando le dije que echara un vistazo a mis libros.

Pero el cómic lo iba a leer toda la universidad. La verdad es que por entonces ya me daba un poco igual. Para mí lo importante era y seguía siendo conseguir el amor de Sergio. No me importaba el precio a pagar.

Por la noche me fui a cenar con Amparo (la chica con la que hice buenas migas en el curso puente), para celebrar su cumpleaños. Quedamos a las diez enfrente de un restaurante.

—Hola

—Buenas noches, Lucas

—¿Llevas mucho rato?

—Acabo de llegar

—Bueno, feliz cumpleaños

—Gracias. ¡Ay, una rosa!

—Sí

—Una rosa roja

—Roja pasión de amor

—Qué tonto

—¿Entramos?

—Sí

—¿Y para beber qué tomarán?

—¿Te apetece vino, Lucas?

—Vale

—¿Tinto?

—El que quieras

—Una botella de Marqués de Cáceres tinto

—Muy bien, enseguida les sirvo

—¿Cómo ha ido el día?

—Genial, Lucas

—¿Muchos regalos?

—Bueno, sí, mi hermano me ha comprado un cedé de Silvio Rodríguez

—Bien

—Y David un libro de Joan Fuster

—Han acertado

—Sí

—Me alegro

—Yo también
—Es muy majo David
—Sí, le quiero mucho
—Se deja querer
—Sí
—Aunque a veces parece un poco distante, ¿no Amparo?
—Eso dicen los que no le conocen
—Claro
—Pero es muy inteligente
—La verdad es que David
—Me ha gustado mucho la rosa, Lucas
—Gracias
—Una rosa roja
—Como un día me lo dijiste
—¿El qué?
—Que te gustaban
—No me acuerdo, ¿cuándo fue?
—En el césped de la universidad
—Ah, sí, es verdad
—No, Amparo
—Que sí, Lucas
—Es tu cumpleaños y pago yo
—Pero
—Ya está, vamos
—Como quieras
—Joder, qué rasca hace, Lucas
—Ven aquí
—Gracias
—Uf, el vino se me ha subido a la cabeza
—A mí también
—¿Dónde vamos, Amparo?
—Tú eres el de Castellón
—Pues
—Un día tenemos que ir a Vinaros
—Claro
—Antes que haga más frío, así podemos bañarnos
—Si quieres el fin de semana que viene
—Vale
—¿El viernes?

—Bien
—Lucas
—¿Sí?
—Quiero decirte algo
—Dime
—¿Podemos sentarnos?
—Claro
—¿Aquí mismo?
—Aquí mismo. Pues, tú dirás, Amparo
—Me gustaría salir contigo
—¿Cómo?
—Te quiero, Lucas
—No
—¿Cómo que no?
—No me pidas eso
—Pero ¿y esta rosa?
—Me dijiste que te gustaban
—Ya, pero
—Es sólo una flor
—Pues, entonces no la quiero
—Amparo, no llores, por favor
—Es que te quiero
—Yo también
—¿Y por qué no puede ser?
—Porque...
—¿Sí?
—... porque soy homosexual

Se lo solté en la cara. Cena romántica con vino tinto y rosa roja, y cuando me echó los trastos le dije que no.

Lo terrible de la escena era ver a Amparo llorando con la rosa en la mano y yo a su lado alucinando, con una sensación de libertad absoluta, de amanecer. No me había pasado nada. Lo había dicho y no había ocurrido nada.

Me prometió que no se lo diría a nadie. Pero no pasó una semana cuando me llegaron los primeros rumores a través de un amigo.

No se lo echo en cara. Quizá yo hubiera hecho lo mismo.

Fue entonces cuando puse en marcha mi revolución particular. Se lo dije a todos y cada uno de mis amigos. Me quedé sorprendido porque ellos no le dieron la importancia que para mí suponía descubrir mi sexualidad a la humanidad. Como el gay era yo, pensé. Bueno, no debía ser cruel, todos me apoyaron con cariño. Entre

ellos Ana.

—¿Sabes una cosa, Ana?

—Dime

—Acércate

—Qué

—Soy gay

—¿Y qué?

—¿No te sorprende?

—Lo que me sorprende es que me lo digas

—¿Ya lo sabías?

—No lo había pensado

—¿Y si lo hubieras pensado?

—Pues sí

—¿Sí qué?

—Que pareces gay

—¿Parezco?

—Por tu forma de hablar

—¿Cómo hablo?

—Pues, no sé. Por las manos

—¿Qué le pasan a mis manos?

—Que las mueves mucho

—¿Los heterosexuales no las movéis?

—Las chicas sí

—Tendré que contenerme

—Tío, no te ralles

—¿No?

—Si da igual

—A ti sí, que eres muy liberal

—¿Y eso qué más da?

—Pues, que comprendes todo mejor

—¿Ah sí?

—Te lo he dicho y ni siquiera te has inmutado

—¿Por qué tendría que inmutarme?

—Porque es importante

—Para mí no

—Claro, porque

—¿Y para ti?

—Joder, para mí es toda una revolución. Ayer cuando se lo dije a Amparo casi me da algo

—A eso se le llama salir del armario
—¿Y tú cómo sabes tanto?
—Mira guapo, no eres el único gay del mundo
—¿Conoces a alguien más?
—Tengo un par de amigos
—No me lo habías dicho
—Es que eso no se dice a los cuatro vientos
—Pero yo soy tu amigo
—Precisamente por eso, como ellos
—Ah
—Y ahora lo eres aún más
—¿Por?
—Antes no podías contarme tus sentimientos
—Pero, mis sentimientos son los mismos que si fuera heterosexual
—Sí, pero los marujeos no
—¿Qué quieres decir?
—Que ahora me dirás quién te gusta
—Ya
—¿Quién te gusta?
—Sergio
—¿El de los cómics?
—Sí
—Me encanta cómo viste
—Ah
—Con sus pantalones anchos y camisetas de dibujos
—Vaya
—Qué
—Nada
—¿Qué pasa?
—¿Y yo cómo visto, Ana?
—Tú, cutre-Castellón-mercadillo
—Habló la cosmopolita
—Aunque ya hace unos días que te vas renovando un poco
—¿Ah sí?
—Pero tira a la basura esas zapatillas
—¿Qué tienen de malo?
—Lo malas que son
—¿Y esta camiseta?
—No está mal

—¿Te gusta?
—No me mata, pero por lo menos no llevas una de esas negras descoloridas
—Estoy cambiando
—Bien por ti
—¿Por qué es tan importante la ropa?
—Porque dice mucho de ti
—¿Acaso ahora he cambiado?
—Estás cambiando
—¿Y qué más da lo que me ponga?
—Hombre
—Yo sigo siendo el mismo
—Por eso mismo
—Qué
—Que tienes que ir evolucionando
—Ah, se trata de eso
—De eso se trata
—Pues, muchas gracias, Ana
—No te marees que estoy de coña
—¿Sí?
—De coña pero en serio
—Tía, no te comprendo
—No te ralles, Lucas
—Me has rallado por completo
—No le des tanta importancia
—Es que quiero evolucionar, como tú dices
—Y lo estás haciendo
—Quiero ser como tú
—¿Para qué?
—No sé, se te ve tan suelta
—Pues relájate
—Sí
—Déjate llevar
—Lo intentaré
—Claro, Lucas

Pues eso, fui contando mis preferencias sexuales, como quien se compra un coche nuevo, a todos mis amigos excepto a Carmen y a Sergio.

A Sergio me faltó tiempo. Te cuento. Una tarde me fui a reflexionar a la playa de Benicàssim, ya sabes cómo me gusta este lugar. Yo por entonces estaba muy influenciado, y lo sigo estando, por la filosofía oriental. Por un autor de la India que

no viene al caso. Precisamente conocí sus textos en una asignatura de Relaciones Laborales, nada más lejos de esta carrera aparentemente práctica.

Eso, yo con mis reflexiones en la playa. Tampoco es que fuera un lugar especial, pero a mí me servía como espacio de reencuentro armónico, de centro de todo. Ralladas mías, ya me conoces.

Pensaba en la vida y en la muerte, en el ser auténtico, en poner en marcha en vida lo que ordenaban mis instintos, mis sentimientos, y dejarme de pajas mentales y dobles diálogos con mi otro yo.

Entre cigarro, pensamiento y cigarro me entró la paranoia que podía morir en cualquier momento. Que debía mostrarle mis sentimientos. Que no encontraría la felicidad si antes no le decía a Sergio lo que sentía por él.

Ya ves, del cielo a la tierra en un arrebató de estrés.

Subí al coche y regresé a Castellón. Llegué a la rotonda donde se deciden los caminos y dudé. Por un instante dudé, Castellón o Nules, volver a mi vida o intentar compartirla con él. Una vuelta más a la rotonda y me dejé llevar. Me dejé. Aparqué el coche debajo de casa de Sergio y pulsé el timbre del portero electrónico.

—¿Sí?

—Soy Lucas

—Ahora bajo

Entro en el coche. Empieza a llover. Sergio me ve desde el portal. Sube. Arranco.

—¿Qué hay, Sergio?

—Estaba dibujando

—¿Te he molestado?

—No, que va

—He cogido cervezas

—¿Vamos?

Llegamos a la playa de Nules. Apago las luces. Bebemos.

—Vaya día, Lucas

—Pues hace un rato estaba en la playa con un sol

—¿Qué hacías?

—Pensando

—Ah

—De vez en cuando me gusta ir a la playa, al mar

—A mí también, no podría vivir en un lugar donde no hubiese mar

—Yo tampoco

—Pues, eso, Lucas

—¿Estás con otro cómic?

—No, retocando el que tenía

—Ah

—Es que se me han ocurrido un par de tramas y quería modificarlo
—Todo lo que sea por mejorar
—Claro
—A mí, sin embargo, me cuesta cambiar una canción. Una vez la tengo escrita y la canto ya no puedo poner otra letra ni otros acordes. No sé, parece que las letras se agarran a la melodía y ya no se sueltan
—Curioso
—Sí, ¿y tú cómo haces con el cómic?
—¿De qué?
—Para modificarlo
—Cojo una hoja y la tiro a la papelera
—Qué gracia
—¿El qué?
—Eso, la tiras y punto, y a otra cosa mariposa
—Más o menos
—¿Otra cerveza?
—Sí
—Para mí también
—Joder, no para de llover
—Así se limpia el coche
—Sí
—Sergio
—¿Sí?
—Me alegro de haber vuelto a coincidir contigo en Humanidades
—Yo también
—¿Sabes que mi primera opción fue Magisterio Musical?
—¿Ah, sí?
—No me cogieron por uno
—Qué mala suerte
—Sí, bueno, mi profesora de solfeo me aconsejó que no hiciera otra diplomatura
—¿Y eso?
—Por el tema de las oposiciones y puntos
—Ya
—Ahora me alegro
—Yo también
—¿Puedo decirte una cosa, Sergio?
—Claro
—Bueno, mejor dos

—Tú dirás
—Es que si no reviento
—Habla
—Lo he estado pensando mucho
—Ya
—Me daba miedo que me pasara algo y no llegaras a saberlo
—¿El qué?
—Pánico pensar que podía ir a la tumba
—¿Estás enfermo?
—No
—Me has asustado
—Perdona
—¿Y?
—Eso, que me retorcería en el cementerio si no te lo decía
—Ya
—Por lo menos quiero hacer en vida lo que siento y decírtelo
—¿El qué?
—Que soy homosexual
—Ah
—Y que estoy enamorado de ti

Sergio abre la puerta y sale del coche. Yo espero. Ya lo he dicho. No hay vuelta atrás. Ahora le toca a él. Joder, se estará empapando con la que cae. Debo dejarle con sus pensamientos. Me siento bien. Ya puedo morir en paz. Ahora sí.

Cómo tarda. ¿Le habrá pasado algo? No debo salir. Debo esperar aquí, a que venga. Si quiere, claro.

Sergio abre la puerta.

—Entra
—No puedo, Lucas
—Como quieras
—Es que estoy mojado
—Claro, con la que está cayendo
—Me he metido en el agua
—¿Cómo?
—Hasta las rodillas
—Entra
—Pero
—Que no pasa nada
—Pero, si
—Entra, por favor

—Vale

—Estás tiritando

—Es que estaba muy fría

—Vamos a casa

Le declaré mi amor y volví a casa con la faena hecha. Ya me podía morir tranquilo. Ya podía vivir en paz con mis sentimientos. Lo había hecho, sí. Ahora sólo me quedaba esperar. Como se suele decir, la piedra estaba en su tejado. Una piedra grande y pesada. Una piedra que si no se devolvía a tiempo podía derrumbar todo lo que pillara a su paso. Y así es como ocurriría más tarde.

Pero antes debía escapar, tomar aire, distancia. Era el momento perfecto para coger maleta y manta. Y qué mejor excusa que el viaje que prometí a Gisela en mi carta.

Y para Dublín que me fui.

—Suelta ya

—No

—Suéltame, Lucas

—Huesitos que estás hecha

—Pero si he engordado

—¿Dónde?

—Aquí, en la barriga

—Si no te la noto

—Yo sí

—¿Estás bien, Gisela?

—Un poco apretada, ¿y tú?

—Encantao

—Ya veo

—Porque tú no me quieres ná, ni me escribes, ni sé ná de ti

—No hay mucho que contar, Lucas

—Huy, pues yo traigo novedades

—¿Sí?

—Pero antes enseñame la casa

—Si no me sueltas no puedo abrir la puerta

—Ay, sí

—No es gran cosa

—Está bien

—El salón comedor

—Bien, ¿no?

—Un poco pequeño

—Yo aún me lo esperaba peor, como me habías dicho que era una caja de cerillas

—Ya, pero cuando hago una fiesta la mayoría se quedan de pie
—¿A cuántos traes?
—A quince o veinte
—Joder, sí que conoces peña
—Es que ya llevo tiempo aquí
—Sí, mucho, que nos has abandonao
—Qué va
—Castellón se ha quedao vacío sin ti
—Sube por aquí
—Voy
—Y las dos habitaciones
—Ah
—La de Jason y la mía
—¿Jason?
—Mi flatmate
—¿Lo qué?
—Mi compañero de piso, un chico norteamericano
—¿Y a qué se dedica?
—Es artista, o paisajista, no sé. Mira qué cuadros pinta
—Qué chulos
—Este me lo ha regalado
—¿Los vende?
—Sí
—Le compraré uno
—Valen una pasta
—¿Sí?
—Y mi cuarto
—Qué gracia
—¿El qué?
—Las estrellas del techo
—Las venden aquí
—También compraré, me encantan
—Qué contento vienes
—Sí
—Bajamos y me cuentas
—Vale
—¿Preparo un té?
—Claro
—Y hasta aquí puedo contar

—¡Joder!
—Qué
—Por fin
—¿Por fin qué?
—Ya era hora que te decidieras
—¿A qué?
—A salir del armario o quedarte dentro
—¿Sabías algo?
—No
—¿Entonces?
—Que ya era hora que tiraras para algún lao
—Ah, bueno, sí
—Que me tenías un poco preocupada
—¿Por?
—Porque no sabía a qué le pegabas
—Pues ya lo sabes
—¿Y el Sergio ese?
—¿Sí?
—¿Te ha dicho algo?
—No
—¿No?
—Todavía no
—¿Te has venido a Dublín sin saber qué piensa?
—Sí
—Estás colgao
—En la parra
—Lucas, no es por nada, pero yo te veo muy feliz
—Y lo estoy
—A ver si cuando vuelvas
—Qué
—Te dice que no
—Tía, no seas gafe
—Pero
—Me da igual, Gisela
—¿Por?
—Porque yo sólo quería decírselo sin más
—Y una mierda
—¿Por?
—Tú esperas algo más

—En el fondo sí
—Ah pillín
—Pero me da igual
—No digas eso
—¿Por?
—¿Cómo te va a dar igual si estás enamorado hasta las trancas?
—Ya lo sé
—En qué sarao te has metido
—¿Yo?
—No, yoo. Porque no tienes ni idea si Sergio entiende o no
—Yo creo que sí
—¿Seguro?
—No sé
—¿Te lo ha dicho él?
—No
—¿Entonces?
—Me aprecia mucho
—Eso no significa nada
—Un poco sí
—Pero, no tiene nada que ver con sus preferencias sexuales
—Un día hablamos sobre la bisexualidad
—¿Y?
—Él me dijo que no le importaba
—¿El qué?
—Supongo que probar
—Lucas, perdona, pero te vas a dar una hostia que no te van a reconocer ni tus
padres
—No me importa
—¿Cómo que no te importa?
—Soy feliz
—Ya, pero cuando vuelvas
—Qué
—Cuando pises tierra
—¿Sí?
—Ya me dirás
—Claro, a ti te lo cuento todo
—No quiero ser pesimista pero ve con cuidado
—Iré
—Lucas, no es broma

—Que no, mujer
—Bueno
—Ay, huesillos
—Quita
—Abrázame
—Ay, Lucas, cuánto has de crecer
—Sí, aquí, abrazadito, escuchando tus consejos
—Ay, xiquet
—Quita, quita, que estás muy flaca
—¡Serás!
—Cuidado con el té
—Joder, qué bien te desenvuelves, Gisela
—Es que llevo cuatro años aquí
—¿Qué tal las clases?
—Bueno, alguna asignatura así así
—Debe ser complicado, y encima en inglés
—Si con el idioma no tengo problema
—Ya, bueno, lo digo por las palabras técnicas de informática
—Eso sí, ¿qué quieres beber, Lucas?
—Un tercio
—Aquí no hay de eso
—Una caña
—Tampoco, una caña no la piden ni los niños
—¿Entonces?
—Pintas
—¿Eso de la barra?
—Claro
—Joder, está llena de pintas
—Lo que se bebe aquí
—Pues una para mí
—Two pints, please
—Me encanta
—¿El qué?
—Tu acento
—Ay, Lucas
—Eres una guiri total
—Perdona pero aquí el único guiri eres tú
—Ya veo
—Anda, bebe

—Salud
—Cheers
—Pues cheers, i avant
—Temple ¿qué?
—Temple Bar, Lucas, una zona muy chula
—Ah
—Ven, que quiero pillarme algo
—Qué
—Una camiseta para esta noche
—Ale, vamos de compras
—Entra
—Joder, qué tienda más chula
—Es de segunda mano
—Mira qué chupa
—¿Te gusta?
—Qué barata
—Pero ¿te gusta?
—Sí
—Pruébatela
—¿A ver?, ¿qué tal, Gisela?
—Te queda bien
—Me voy a mirar por ahí
—Vale

—Me encanta, me encanta. Joder, qué barato. Esto es como el mercadillo pero versión moderna. Si lo viera Carmen

—¿Me dices algo?

—No, estaba hablando solo

—Ah

—Qué barato está todo. ¿A ver? Tranquilo que todavía te quedan dos días en Dublín y hay mucho gasto. Esto para Gisela, si le mola se lo regalo

—Ya estoy, Lucas

—¿Te gusta esta camiseta?

—Es horrible

—Te la quería regalar

—Pues déjala, gracias

—Mírate algo

—Esta camiseta

—Qué trapillo

—¿Vamos?

—Pago yo, Gisela
—Ni de coña
—Que sí, tía, que me tienes dos días de gratis aquí
—Lucas, que no
—Va, tira
—Bueno
—Pero ve tú a la dependienta que yo no me aclaro
—¿Vamos, Lucas?
—Sí, espera, que se me sale la chaqueta de la bolsa
—Yo te abro la puerta
—Joder, ya se ha hecho de noche
—Es lo que tiene Dublín
—Mira, Gisela
—Qué
—Ese chico gordito
—¿Sí?
—Me está mirando
—Ah

—Se ha parado en Dublín tuve el primer flechazo de mi vida. Así, de repente, sin esperarlo. Sin saber qué era lo que me estaba pasando.

Yo le miré, él me miró, y el silencio a nuestro alrededor. El tiempo ralentizado a nuestro favor.

Se nos abrió la ventana del corazón en medio de la calle. Y no supe reaccionar. No fui consciente de la unión de nuestros cuerpos.

se marchó.

Acompañé a Gisela a su puesto de trabajo y nos despedimos con dos besos. Dios, todavía me dolía el corazón.

Vuelvo al lugar de los hechos. Entro en la tienda de ropa. Salgo. No está. Doy una vuelta por Temple Bar. No lo veo. Miro en las cafeterías, en las tiendas de música. Joder, una Fender por noventa euros. Pero luego me costará un huevo en el aeropuerto. ¿Cuánto pesará?

Anda, un directo de Radiohead por tres euros. Me lo llevo. A ver si lo han grabado con un radiocasete de cinta a pilas. Da igual, me lo llevo. Aquí Dani fliparía. Cuánta música. Ya, que me quedan dos días y tengo que dosificar el dinero.

Mierda, no está en ningún lado. Bueno, me siento y me fumo un cigarro. No lo veo. Debe estar acostumbrado a que le pasen estas cosas. A mí como es la primera vez me ha pillao descolocao. ¿Por qué no vuelve?

Bueno, me piro. No, mejor doy otra vuelta. Va, otra más, total no tengo nada mejor que hacer.

Mierda. ¿Por qué?, ¿por qué?
—¿Llevas mucho rato esperando, Gisela?
—Media hora
—Perdona
—¿Qué estabas haciendo?
—Nada
—¿Has ido a casa?
—No
—No me digas que te has pasado la tarde buscando al tío ese
—Sí
—Pero Lucas
—¿Qué le voy a hacer?
—Anda, vamos
—¿Y las bolsas?
—Las dejamos aquí y mañana las llevo a casa
—Qué heavy que vas
—Normal
—¿Adónde me llevas?
—Ya verás
—No me habías dicho nada
—¿De qué?
—De este garito
—Aquí conocí a Tomy
—¿Dónde está?
—Bailando en la pista, fijo
—Qué heavy es todo
—Ven
—Tía, que no me aclaro
—¿Con qué?
—Con el inglés
—Pero ¿qué coño te enseñan en la universidad?
—Qué te voy a contar
—Pues, no te cortes y practica
—Es que hablan muy rápido. Yo cuando viene algún guiri a Castellón me lo curro un poco más, no sé, hablo más despacio, gesticulo
—¿Una pinta?
—Vale
—Gisela, me voy a la otra pista que me mola más
—Como quieras

—Se van a desnucar

—¿Quién?

—Tus amigos

—Siempre bailan así

Entro en la pista pop. Canciones de los Beatles, Oasis y Pulp. Me apoyo en la barandilla de la escalera. ¿Dónde coño se habrá metido el gordito de Temple Bar? Lo he buscado toda la tarde. Ay, qué bonita esta canción. Por eso los guiris van al Fib, vienen todos los grupos de aquí. Un cigarrito. Qué mono tenía. Me encanta fumar. No está mal la cerveza. Mierda, la canción de Beck. Pienso en Sergio. Lloro. Me río porque estoy llorando solo. Lloro más. Me seco las lágrimas. Nadie me conoce. Fumo y lloro. Puedo hacer ruido con los mocos que no se me oye.

—Gisela

—¿Qué te pasa?

—Que, aaaaahhhh

—¿Por qué lloras?

—Aaaahhhh

—¿Te han pegado?

—No

—¡Dime, por favor!

—Que han puesto la canción que le gusta a Sergio en la pista pop

—Yo te mato

—¿Por?

—Me habías asustado

—¿Por qué?

—Creía que te habían dado de hostias

—¿Quién?

—Ay, ¿yo qué sé?, como no te aclaras con el inglés

—Es que me he acordado de Sergio

—Lucas, no llores

—Me da igual

—Ven

—Qué

—Abrazame

—Gisela, le quiero mucho

—Ay, xiquet

—¿Y Tomy?

—Se ha ido a casa

—¿Ya?

—No se encontraba bien

—Seguro que lo has espantao

—Qué dices

—Te ha pedido salir y lo has largao

—Que no, tonto

—¿Y quién es éste?

—Un filipino

—¿Cómo se llama?

—No sé, me ha dicho un nombre raro

—El filipino y punto

—Van a chapar

—¿Ya?

—Aquí cierran todos los garitos a las dos

—¿A las dos?

—De los cuatro años que llevo en Dublín me he acostumbrado a todo menos a eso

—Vaya mierda

—Sí

—¿Quieres que duerma en el sofá, Gisela?

—Que no, que arriba cabemos los tres

—Pero

—Sube tú que ahora vamos

—Vale, buenas noches

—Buenas noches

Me encantan las estrellas del techo. A ver si mañana me acuerdo y compro. Hostia, que suben. Yo me hago el dormido y punto.

Cómo gime el filipino. ¿Tendrá asma? Joder, que están, que están.

Me quito la sábana y salgo del cuarto sin hacer ruido. Bajo las escaleras. Qué sofá más enano. Me tumbo.

Joder, que no encuentro la postura. Así mejor. No, al revés.

—Buenos días, Lucas

—Ei

—¿Por qué te fuiste anoche?

—¿Qué querías que hiciera?, ¿mirar?

—Si no íbamos a hacer nada

—Noo, contar estrellas

—Qué tonto

—¿Dónde está el filipino?

—Se ha ido

—Ah

—¿Desayunamos?

—Vale

—¿Qué es eso, Gisela?

—Beans, ¿cómo se dice en español?

—¿Alubias?

—Sí, bueno, como los frijoles o algo así

Dejo a Gisela en la cafetería. Vuelvo a Temple Bar. No le veo. Joder, cómo huele a mantequilla. Aquí engordas sólo con respirar. Con lo bueno que está el aceite de oliva. ¿Por qué no vendrá? Si fuera como yo volvería. Igual se cree que como soy un guiri ya me he vuelto a mi país. A lo mejor ni se acuerda de mí.

Me acerco a la tienda donde me ha dicho Gisela y compro una bolsa de estrellas para el techo.

¿Qué estará haciendo Sergio ahora? Seguro que dibujar. Ya me encuentro mejor. Esto de viajar le despeja a uno la cabeza. Yo creo que he hecho bien diciéndoselo. Mañana volverá todo a la normalidad. Volveremos a ser amigos. Como siempre. Y fuera rollos. Yo sé que me quiere. Aunque no sea homosexual. Lo que importa es que he conocido al hombre de mi vida. ¿Qué más da que no tengamos sexo? Es que soy impaciente y ya está. Chico, olvídate. Es lo mejor. Él con sus cómics, yo con mi música a otra parte, y a correr.

—Suéltame

—Que no

—Vas a perder el avión, Lucas

—Me da igual

—Va, largo

—Te quiero, Gisela

—Yo también, mi niño

—Ala, me voy y te dejo aquí

—Gracias por venir

—A ti por todo

—Bueno

—Dos besitos

—Sí

—Deeu

La verdad es que viajar y verme desde fuera me sentó bien. Pese a lo ocurrido con el chico del flechazo volví de Dublín con las pilas cargadas, con la mente fresca y el corazón de ida y vuelta.

A la mañana siguiente Sergio me encontró en la biblioteca de la universidad.

—¡Ei!

—Hola, Sergio

—¿Qué tal?
—Bien
—¿Qué haces aquí?
—Estudiar, ¿no me ves?
—Yo digo, este ya no vuelve de Dublín
—Pues sí
—Cuenta
—Nada, pues que
—Espera
—¿Sí?
—¿Vamos fuera?
—Vale

Notaba a Sergio muy raro. ¿Impaciente? No sé, igual eran ralladas mías. Lo cierto es que volvía a estar a su lado y eso me reconfortaba. Después del viaje me sentía limpio por dentro, como si empezara todo de nuevo. Supongo que de tanto llorar. Gisela me había puesto los pies en la tierra, pero ahora era el momento de actuar. Tenía la vida por delante y a Sergio a mi lado. ¿Qué más podía desear?

Salimos de la biblioteca. ¿Adónde íbamos? ¿Tú crees que me importaba? Cuando el amor de tu vida te pregunta ¿me acompañas?, tú le sigues hasta el fin del mundo. Y que pase lo que tenga que pasar.

En el pasillo nos encontramos con Amparo. Yo la apreciaba, y tenía muchísimas ganas de contarle el viaje a Dublín. Pero no puedo negar que en ese momento prefería la compañía exclusiva de Sergio. Estaba tan enganchado a él que lo quería para mí sólo. Era una inmoralidad, lo demás me importa bien poco. Cualquier elemento ajeno a la dualidad Sergio y yo, lo sentía como una agresión, un ataque frontal a nuestro amor carnal. Me sentía como perro en celo. Pero tuve que disimular mi ansiedad animal.

—¡Lucas!
—Ei, Amparo
—¿Cómo va?
—Bien
—¿Qué tal el viaje?
—Muy bien
—Hola, Sergio
—Hola
—Íbamos a dar una vuelta
—Pues, os acompaño

Acabamos sentados en un banco del paseo marítimo del Grao de Castellón. Cerveza en mano, la conversación se fue nutriendo de asignaturas, exámenes y

compañeros de clase. Hasta que Sergio nos sorprendió, por segunda vez este año, con una de las tuyas.

—Yo creo que todos somos un poco bisexuales

—Bueno —toso, me atraganto—, yo tengo bastante claro lo que soy

—Y yo —dice Amparo—, pero nunca se puede decir de esta agua no beberé

—Es que —dice Sergio— yo creo más en el amor y me da igual, no sé

—Qué suerte —observo

—Lucas

—Dime

—Me gustaría comentarte una cosa

—Claro, Sergio

—¿Nos perdonas, Amparo?

—Sí, claro, ahora vengo

—Gracias

—Hasta ahora

Por fin estábamos solos. Caminamos sobre la arena de la playa. Yo me encontraba tranquilo, en paz conmigo mismo, en comunión con el mar. El viaje me había servido, aparte de llorar, para reflexionar acerca de nuestra relación. Conservar su amistad me parecía lo más importante ahora.

Aunque no podía negar que su presencia me turbaba. Me hacía perder el equilibrio. Me alejaba del centro.

Además, Sergio acababa de abrir la caja de Pandora con su comentario sobre la bisexualidad. Y tenía de nuevo la odiosa doble conversación en mi mente sobre qué debía hacer este momento, qué era lo correcto.

¡Para!, ¡ya está bien! Dejé de pensar y hablé.

—¿Es verdad lo que has dicho sobre la bisexualidad, Sergio?

—Bueno, más o menos

—Yo no sé si podría

—¿El qué?

—Hacerlo con una chica

—Yo sí

—Claro, tú sí

—Lucas

—Qué

—Me gustaría decirte un par de cosas

—Adelante

—Te quiero

—¿Qué?

—Y quiero hacer el amor contigo

—¿Qué?, ¿cuándo?
—Ahora
—¿Aquí?
—Aquí no
—Espera, Sergio
—Qué
—Espera que coja un poco de aire
—¿Te pasa algo?
—No, me levanto
—Agárrate
—Gracias
—¿Y bien, Lucas?
—No sé qué decir
—¿Ya no me quieres?
—Eres lo que más quiero en el mundo
—¿Y?
—Pero ¿tú lo tienes claro?
—Sí
—¿Seguro?
—Que sí, Lucas
—Pues
—¿Entonces?
—Qué
—¿Vamos?
—¿Adónde?
—Ya sabes
—¿Y Amparo?
—La dejamos en la universidad
—Joder, Sergio
—¿Qué pasa ahora?
—No sé, pobre Amparo
—¿Por?
—Cosas nuestras
—No quiero que haya secretos
—Son cosas nuestras
—Perdona
—Pero te lo digo
—Gracias
—Antes de irnos de viaje me pidió salir

—¿Y tú?
—Le dije que no
—¿Y ella?
—Te lo puedes imaginar
—Joder
—Sí, me dijo que no se lo diría a nadie
—Pues, ya lo saben
—¿Quién?
—David y los demás
—¿Que soy gay?
—Sí
—¿Cómo te has enterado?
—Me lo ha dicho David
—¿Cuándo?
—Cuando estabas en Dublín
—¿Y Carmen?, ¿lo sabe Carmen?
—No
—¿Seguro?
—Por lo menos no me ha dicho nada
—Gracias
—¿Por qué te importa tanto?
—Porque prefiero decírselo yo y
—¿Y?
—Me da palo
—¿Vamos?
—Sí

Imagínate el viaje hasta la universidad. Se me hizo eterno. Intenté disimular felicidad pero se me escapaba por todos los poros del cuerpo. Los pocos fusibles que me quedaban acababan de saltar por los aires. Pese a todo, creo que Amparo no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Aunque algo raro debió notar. Uno no recibe esta noticia y se queda igual.

Yo por si acaso me agarraba al cinturón de seguridad para no flotar.

—Hasta luego, Amparo
—Os pasaré los apuntes
—Gracias
—Adiós
—Joder, Sergio
—¿Qué pasa?
—Encima nos va a pillar los apuntes

—¿Vamos o qué?
—Pero ¿adónde?
—No sé, a tu casa
—Está mi madre
—En la mía también
—A no ser que quieras ir al pueblo
—¿Al tuyo, Lucas?
—Claro
—¿Está muy lejos?
—A cincuenta kilómetros
—¿Vamos?
—Por mí sí
—¿Conoces alguna farmacia cerca?
—Por ahí
—¿A la izquierda?
—Sí, aquí, para. ¿Una caja de seis?
—Está bien

Todo iba demasiado rápido. Sergio me había declarado su amor y ya íbamos camino de consumarlo. Yo estaba encantado con su idea acerca de la bisexualidad. Encantado que abriera esa puerta, que me diera alguna esperanza por pequeña que fuera. Pero no lo tenía del todo claro.

A mi mente llegaban los mensajes de Gisela. Cuidado, que te vas a dar una hostia que no te van a reconocer ni tus padres. Me llegaban mensajes de mi inconsciente. Dobles diálogos, triples. Cuidado con lo que haces, cuidado con lo que dices, después de esto ya nada va a ser igual.

Pero la realidad era más cruda que mis pensamientos. Me encontraba con Sergio, el amor de mi vida, en un coche dispuestos a hacerlo.

—Sergio
—¿Sí?
—¿Tú estás seguro que lo quieres hacer?
—Sí
—Vale
—¿Por qué no iba a estarlo?
—No sé, me parece todo tan precipitado
—Lo quiero hacer
—Te lo digo porque yo lo tengo claro, eres la persona que más quiero en el mundo. Pero no me importa esperar a que tú
—Lucas, lo tengo claro, ¿vale?
—Perdona, Sergio

—¿Por aquí?

—Sí, aparca debajo de la olivera

Entramos en casa. Le invité a tomar algo pero me preguntó por el cuarto. Subimos las escaleras. Nos quedamos mirando. No sabíamos qué hacer. Me preguntó quién empezaba. Yo le dije que era mi primera vez. Se quedó pensativo. Yo me arranqué y le besé en la cara.

Luego perdí el sentido, el presente y el pasado. Me comporté animal. Gemía y gemía porque le quería tanto que no daba crédito a lo que estaba pasando.

Y paró, me abrazó fuerte, recogió mi cabeza en su barriga y me dijo que por fin me tenía, que por fin era suyo, que ya no me iba a volver a escapar más.

Pues claro, pensé yo, que en ese momento tenía un pie en el cielo y el otro en Disney World. Claro, Sergio, soy tuyo porque yo ya no me tengo. Porque te quiero. Porque quiero estar contigo hasta morir de viejo.

Nos dimos besos, caricias y abrazos de amor. Nos hicimos dos pajas como dos adolescentes con condón y precaución de no manchar las sábanas.

Pero en el coche, de vuelta a Castellón, algo empezaba a tambalearse.

—¿Pongo música, Sergio?

—No

—Perdona

—No pasa nada

—La rotonda a la derecha

—¿Por aquí?

—Sí, dirección Borriol

—Qué complicado

—Bueno

—No sé si sabría subir otra vez

—Con la práctica

—Mejor me quedo en casa

—Claro

—Y no vuelvo a subir más

—Ya

Estaba nervioso. Parecía que el mundo se le venía encima y yo formaba parte de él. Hablé acomodándome a su voluntad. ¿Condescendiente se dice?

Hasta que comprendí que mejor me quedaba callado. Presentía que lo nuestro se iba al garete.

La piedra que lancé en su tejado, el día que le dije que era homosexual y que estaba enamorado de él, comenzaba a resquebrajarse. No pudo con el peso. Quizá me precipité. Quizá no estábamos preparados. Quizá debí callar entonces cuando todo era color y dibujos animados.

La cuestión es que ya no había marcha atrás. Sergio se enfrentaba a sus demonios, a su presunta bisexualidad.

Yo no te puedo contar qué le pasó. No puedo saber qué pensaba en el coche cuando bajábamos del pueblo. Sólo puedo decir que ojalá pudiera haberle ayudado. Ojalá me hubiera dejado asomarme a su caos neuronal como lo llamaba él. Ojalá todo hubiera sido de otra forma. Ojalá volviéramos a ser amigos otra vez.

Sergio no publicó el cómic donde salíamos Carmen declarándome su amor y yo diciéndole que no. Construyó una especie de caja mortuoria de cartón, metió el cómic hecho añicos y me lo dio.

Conservo los restos del cómic en una caja multiarchivo en la estantería del cuarto de invitados.

En la universidad no hablamos del tema. Sólo en ocasiones nos servíamos de pequeñas notas que íbamos pasándonos en clase para calibrar nuestros estados de ánimo. Parecía que todo volvía a la normalidad, a la competencia de egos que nos caracterizaba.

Investigaciones Filosóficas de Wittgenstein. Los usos del lenguaje. Arranco una hoja y escribo una nota a Sergio.

—Hola, Sergio

—Hola, Lucas —me contesta en la misma nota

—Qué poco original —se la devuelvo

—Anda que tú

—Yo soy la originalidad

—Lucas, eres un chaval normal y corriente, y para de contar

—Soy estrella

—Sí, de carne y hueso

—De luz

—Y de mierda, con perdón

—Mierda cósmica

—De tu agujero negro

—Mi nada en expansión

—Hacia el suelo

—Pero vuelo

—Con alas de cera al sol

—Puro

—Corrupto

—Bueno

—Ingenuo

—¿Curro este finde en el restaurante, Sergio?

—Preguntaré a mi padre

- Se me acaba de ocurrir una súper idea para tu cómic
- Tú dirás
- Las viñetas son una pastilla de chocolate derretida
- Qué original
- Gracias
- Era una ironía
- Las viñetas se forman como ventanas
- No hace falta que te escurras el cerebro que ya está todo inventado, Lucas
- Las viñetas se superponen
- ¿Ein?
- Sólo una viñeta, un único espacio-tiempo
- ¿Lenguaje cinematográfico?
- La viñeta como espejo
- Narcisismo
- La viñeta como medio
- De eso se trata. Y déjalo ya, anda
- Lo siento, Sergio
- No pasa nada
- No quería ponerme pesado
- Tranquilo
- Lo siento

Yo quería estar con él, pero no sabía cómo. Era incapaz de mantener un discurso racional con el amor de mi vida. El corazón se me salía del pecho. Le quería. Le amaba.

Supongo que le agobié. Estrangulé todo lo que nos unía. Absorbí el aire de los dos. Él escapaba y yo le seguía. Y nos volvíamos a ver las caras.

Como el día del gran rechazo. Fue una mañana en Mercadona. Hacíamos la compra para un concurso de paellas organizado por la Universidad. Aproveché que nos quedamos solos en la sección del congelado.

- Pues coge la caja entera, Lucas
- También es verdad
- ¿Qué más?
- Creo que está todo
- El arroz
- Hostia, sí
- Por ahí
- ¿Lo ves, Sergio?
- No
- Yo tampoco

—Por donde antes

—Sí

—Allí

—¿Cuánto cojo?

—¿Cuántos somos, Lucas?

—Unos quince

—Si con un kilo hay para ocho personas más o menos, pillamos dos y punto

—Pues yo creo que ahora está todo

—Sí

—Sergio

—Dime

—Si quieres podemos quedar este sábado por la mañana en mi casa, que mis padres se van al pueblo todo el fin de semana

—¿El sábado?

—Sí

—He quedado con mi hermano para comprar los regalos de navidad

—¿Tan pronto?

—Sí, es que luego están más caros

—Pues, el domingo

—El domingo no puedo, tengo que

—Bueno, pues la semana que viene, no importa

—Lucas, es que tengo mucho trabajo con el cómic y el restaurante

—Como quieras

—No tengo tiempo

—Vale, tranquilo

—¿Cogemos patatas?

—Bueno

—¿Cuántas?

—Las que te dé la gana

—¿Dos bolsas?

—Pilla cuatro

—¿Y olivas?

—Claro

—¿Cuánto dinero llevamos?

—Ochenta euros

—Tendremos bastante, ¿no?

—Supongo

Me rechazó. Había dado el paso erróneo. El punto de no retorno. No importaban las palabras sino su significado. Ya no había vuelta atrás. Me impacienté y la cagué.

Después podríamos amarnos, podríamos hacer el amor y luego follar. Podríamos ser los amantes modélicos de la humanidad. Pero hoy, aquí y ahora, en la sección de congelado de Mercadona, Sergio me había dicho que no. Me había rechazado.

Llevé la herida en el pecho con dignidad toda la mañana. Como sólo yo sabía disimular.

—¿Cómo va, chicos?

—Bueno, más o menos, Carmen

—Comeremos, ¿o no?

—Eso espero

—¿Echamos más agua, Lucas?

—Claro, Sergio

—¿Me ayudas?

—Voy

—Tiene buena pinta

—Ya veremos

—Claro que sí

—¿Quieres probar de sal, Carmen?

—¿Yo?

—Toma

—¿A ver? Yo echaría más

—Pues, un poco más

—Estáis hechos un par de cocineros

—Ya

Quedamos segundos en el concurso de paellas. Una paella para quince personas. Estaba riquísima. Los compañeros de clase nos felicitaron y nos fotografiaron alrededor de la misma.

Guardo la foto en un cajón de la mesita de la habitación del pueblo donde Sergio y yo nos amamos.

Cuando nos sentamos a tomar el café a mí ya empezaba a sangrarme la herida. No había forma de disimularla.

Me venía abajo.

Bebí como en mis películas beben cuando algo parecido les sucede. Yo en el suelo con la boca abierta y Amparo botella en mano vaciando.

—¿Más?

—Sí, Amparo

—Llevas media botella

—Hm

—Luego no me digas

—Hm, hm

—¿Ya?
—Aaahhhh
—No sé cómo puede gustarte la ginebra a palo seco
—Hoy me da todo igual, Amparo
—No te conozco
—Es que soy otro
—Qué cosas dices, Lucas
—¿Vas a ir al concierto?
—No lo sé, igual me quedo aquí toda la tarde con David y éstos
—Dile que le quiero
—A quién
—A David
—Pero si él no
—Da igual
—Luego se lo diré
—Empieza a las ocho
—¿El qué?
—El concierto
—¿Sabes que he conocido a alguien, Lucas?
—Cuenta
—Nada serio, es un amigo de David
—¿Cómo se llama?
—Pedro
—Bonito nombre
—Estudia Magisterio Musical
—Ah
—Es de la Población Tornesa
—Me alegro
—¿Estás bien, Lucas?
—Sí, genial
—A ver si te caes
—Me voy ya
—¿Tan pronto?
—Ya hemos hecho la paella, ya me puedo ir
—¿Y éstos?
—¿Quién?
—Carmen y Sergio
—Ah, por ahí estarán
—¿Te pasa algo?

- No, Amparo, estoy bien
- Bueno, pues nos vemos
- Sí, y gracias por preocuparte

Recuerdo esa tarde como un viaje en nube. Intentaba mantener mis constantes vitales pero todo se derrumbaba a mi alrededor. Y se suponía que yo era el centro que todo lo mantenía.

Suerte que disimular se me daba muy bien tanto practicar, si no me hubiera muerto enseguida.

La muerte vino después.

Subo al autobús. Me siento. Va, sólo estoy un poco mareado. Qué fuerte hablan esos dos. Pero si están uno al lado del otro. ¿Les digo algo? Mejor me callo. Qué bien se está aquí sentado.

Si no quiere quedar conmigo qué le voy a hacer. Yo a mi marcha. A seguir con lo mío.

Tengo que quedar con Jorge para grabar de una vez las canciones. Si no, se quedan en el aire. Si me muero ahora se perderán para siempre. Las tendré que grabar alguna vez.

Bueno, tampoco estoy tan mal. Joder si hablan fuerte los de atrás. ¿Os queréis callar? Que hablen un poco más bajo. El autobús podría estar insonorizado. Los agudos rebotan en el cristal y se me clavan en el oído. Me tapo las orejas y ya está. No mira nadie. Así mejor. ¿Dónde guardé los auriculares? En el segundo cajón de la mesita. Por fin hemos llegado.

Bajo del autobús. Uf, qué mareo. Con lo bien que se estaba sentado. Y qué calor me está entrando. Pues como no me quite la camiseta. Voy a sentarme ahí. Qué bien.

Se lo tendría que haber preguntado a Sergio de otra forma, sin presionarle, sin pasión, tan normal. ¿Quieres quedar algún día? No. Pues ya está. Compramos el arroz y la bebida y ya está. Aquí no ha pasado nada. Tendría que haber esperado a ver si él me decía algo. Pero si le he dado una semana para pensarlo. Igual me he precipitado. Con lo que me está costando salir del armario, ahora no voy a pretender que él se libere en una semana. A ver, cuatro, cinco días. No le tendría que haber dicho nada. Con lo guapo que estoy callado. Ahora sería todo diferente. Estaríamos todos juntos hablando de lo buena que nos ha salido la paella.

Vomito paella. Qué asco. Me cambio de acera y ya está. Yo no tengo nada que ver con esa potada. Estaba ahí cuando he llegado. Mierda, no llevo pañuelos. Con la manga de la camiseta y punto. Me la puedo haber manchado con otra cosa. Ah, joder, si la tengo llena de ginebra.

Vomito ginebra. Vamos a ver, si la paella me la he comido primero, ¿por qué sale antes que la ginebra de mi cuerpo? No me puedo levantar, ja, como Mecano. Me voy arrastrando por la acera hasta la esquina. Quien me vea flipará. Puedo estar malo. Me

ha dado un bajón de azúcar. Soy diabético. Pero nadie me ayuda. Tendré que levantarme solo.

Lloro. Vomito y lloro, todo a la vez, como cuando cagas y meas y no te preguntas por qué.

Tengo que hacer algo. No puedo quedarme aquí llorando sin más. Joder, es que no me puedo levantar. Estoy indefenso. Ahora viene un mangui y me atraca, y yo no me quedo ni con su cara. No me puedo levantar. Lloro más. No tendría que haberle dicho nada. Pero ya está. Han salido de mí las palabras. No hay vuelta atrás.

Mierda, tengo que salir de esto. Voy a tocar fondo. No quiero.

—Acéptalo Lucas

—Si yo lo acepto

—Pues ya está

—¿Cómo que ya está?

—Acéptalo y levántate

—¿Eres Dios o qué?

—Arriba

—No puedo

—Claro que puedes

—Mírame

—Ya te veo, Lucas

—¿Y qué hago?

—Toca fondo

—No quiero

—Tócalo

—Vale, mira, pongo la mano en el suelo

—Y piensa

—Qué

—No sé, ¿en estrellas?

—Vaya mierda de pensamiento

—Es que estás borracho como una cuba

—¿Y qué?

—I will survive, Lucas

—Bonita canción, pero yo

—¿Tú qué?

—No me puedo levantar

—Y dale

—Qué

—Déjate de chorradas y levanta

—Ya sé que es una chorrada

—¿El qué?

—¿Yo qué sé?

—Pues venga

—Vale, sí, será lo mejor. No puedo quedarme aquí toda la tarde

—¿Y el concierto?

—A la mierda el concierto

—Vamos a casa

Llegué a casa y lloré. Lloré y lloré. Con qué rabia lloraba. Me puse la música a toda hostia para que me sanara como tantas otras veces pero había demasiado amor, demasiada rabia.

Esa fue mi pequeña muerte.

Pasé una semana encerrado en mi habitación. Mentí a mi madre con que no había clase. Le pedí el favor que si preguntaba alguien por mí no estaba. Supongo que ella se dio cuenta. Pero supo dejarme en paz con mis neurias.

A los siete días volví a la Universidad.

—Y yo me preguntaba, ¿qué le pasará a Lucas?

—Nada, Carmen

—Como tampoco cogías el teléfono

—Ya

—Y tu madre me decía que no querías ponerte

—Sí

—¿De verdad que no te pasa nada?

—No, Carmen

—Bueno, me alegro

—¿Has venido sola toda la semana?

—Qué remedio

—Vaya

—¿Por qué lloras, Lucas?

—Por nada

—¿Qué te pasa?

—Que hace tiempo que quería decirte una cosa

—Dime

—Es que no sabía cómo

—Habla

—Que no me gustan las chicas

—¿Cuáles?

—Todas

—¿Ni Amparo?

—Tampoco

—¿Eso es lo que te pasaba?
—Sí
—Pero por eso no debes encerrarte en casa
—Siento no habértelo dicho antes
—Tranquilo
—Es que ya hay gente que ya lo sabe
—¿Quién?
—Sergio y Amparo. Bueno, y sus amigos
—Ya decía yo
—Qué
—No sé, como a veces me los he encontrado hablando
—¿Y?
—Cuando me acercaba parecía que cambiaban de tema
—Bueno, no sé si hablarían de eso
—¿De qué si no?
—Ni idea
—¿Crees que están liados?
—No creo
—¿Por?
—Me hubieran dicho algo
—Si no has venido en toda la semana
—Ya
—Así que es por eso que no has venido
—En parte
—¿Y la otra parte?
—Le dije a Sergio que le quería y me dijo que no
—¿Cuándo?
—El día de las paellas
—Por eso desapareciste
—Me costaba mirarle a la cara
—¿No habéis vuelto a hablar?
—No
—¿Y qué vas a hacer?
—Olvidarle
—Ya
—Seguir con las clases
—Claro, no puedes dejarte la carrera
—Qué remedio, si fuera más valiente ya no me veríais más el pelo
—No digas eso

—¿Por qué no?
—Tu sitio está aquí
—Sí, pero ahora qué
—Olvidalo, como dices
—Si lo voy a ver todos los días en clase
—Intenta ser su amigo
—¿Cómo?
—Os llevabais muy bien
—Sí
—Tenéis los mismos gustos
—Ojalá
—Ya
—Pero qué le voy a hacer
—¿Vamos?
—Sí
—Levanta
—Gracias, Carmen
—No es nada
—Gracias por escucharme
—Tú siempre me escuchas
—¿Yo?, si siempre voy a la mía
—Pero estás en lo importante
—Cuando puedo
—Siempre
—Ahí está Sergio
—¿Dónde?
—En la cantina
—Yo me voy a clase, Lucas
—Vale
—¿Vienes?
—Luego
—Mucha suerte
—Gracias, Carmen

Me equivoqué con Carmen. Invalidó la hipótesis. Me demostró su grandeza. Me quisiera o no, fue capaz de mirar por mi bien antes que por el de ella.

Recordé entonces por qué la apreciaba tanto. Tras su carita angelical se refugiaba una personalidad íntegra, con firmes pilares que la sostenían, amarrada a la tierra con raíces profundas y antiguas.

Entré en la cantina con Sergio. Se alegró verme de nuevo en la universidad.

—Hombre, Lucas, ¿qué hay?
—Otra vez por aquí
—Nos tenías preocupados
—Ya me lo ha dicho Carmen
—¿Has hablado con ella?
—Acabo de estar con ella en el césped
—¿Te ha pasado algo?
—No, estaba en casa
—Ah
—Haciendo cosas
—¿Toda la semana?
—Sí
—¿Has grabado alguna canción?
—Todavía no
—Me alegro que estés bien
—Sí, yo también
—Como te fuiste sin avisar
—No me encontraba bien
—Ya
—Bueno, es que me puse de ginebra hasta arriba
—Me lo dijo Amparo
—¿El qué?
—Que estabas tumbado en el césped mientras ella vaciaba la botella
—Sí, bueno
—No fuiste al concierto
—No llegué
—Te hemos echado de menos
—Sergio, yo quería...
—Seguir estudiando, ¿no?
—Sí, bueno
—¿Te apetece algo?
—No, da igual
—Pues, lo dejamos así
—Sí
—Lucas
—Qué
—No me gustaría perder tu amistad
—No
—De verdad

—Tranquilo

—¿Vamos?

—Sí

—Ah, mi padre me ha preguntado si quieres venir este fin de semana a trabajar al restaurante

—Vale

—¿No te importa?

—Qué va

—Es que se casa mi primo Alberto, y mi hermana y yo estamos invitados al convite

—Cuenta conmigo

—Gracias

Yo no sabía muy bien lo que sentía por él. Sufría una especie de personalidad múltiple al valorar a Sergio en función de mi sentimiento presente. Como estaba yo, era él. A veces le odiaba, a veces le quería a muerte. A veces le respetaba, a veces incluso me resultaba indiferente. ¿Cómo podía cambiar tanto mi punto de vista sobre él? Igual estaba entrando en alguna fase de locura más allá de la simple neurosis con la que aprendí a vivir desde siempre.

A este calimocho mental había que añadir una pizca de ira reprimida — convenientemente absorbida por la parte más indefensa del cuerpo—, una cucharada de incapacidad de gestionar la culpa saludablemente y un generoso chorro de represión —envejecida en barrica de roble durante ocho meses—. Pero la vida seguía y al fin de semana siguiente me fui a trabajar de camarero al restaurante del padre de Sergio. En el coche leí una carta de Gisela que acababa de recoger del buzón.

Ei, Lucas, ¿cómo va?

Aquí en Dublín como siempre, con paraguas y gafas de sol cuando sales de casa. Aparte que cada día anochece antes. Qué ganas tengo de ir a la playa, me estoy quedando blanca como la cal.

Ah, novedades, en un par de semanas viajo a Castellón. Tengo que arreglar algunas cosillas del piso y la chica de la inmobiliaria pasa de los correos electrónicos como de la mierda. Yo no sé si vamos para adelante o para atrás. Pero bueno, aprovecharé por si hace buen tiempo y nos vamos a la *beach*.

Tengo el vuelo cerrado, con trasbordo en Barcelona, donde me quiero quedar un par de días antes de bajar a Castellón. A ver si te apuntas y nos vamos a pasar el fin de semana de tranquis a Barna y hablamos.

Por aquí todo igual, al filipino le di puerta. Era un crío. Sigo viendo a Tomy, pero nada serio. Llevamos una semana y pico y ya me falta el aire.

Voy un poco agobiada por el curro y las clases. Además, el casero me ha subido cien euros el alquiler, qué cabrón.

Bueno, ya hablamos, dime si vendrás a Barcelona.

Un beso con lengua.

Gisela.

P.D. Ah, espero que te vaya bien con el Sergio ese. Y no te agobies, vete a garitos de ambiente de Valencia, que en Castellón tengo miedo que te pegue algún grandullón de esos que te gustan.

Cuídate, mi niño.

En el vestuario del restaurante conocí a Esteban.

—Buenos días

—Hola

—Soy Lucas

—Esteban

—El camarero nuevo

—Bueno, ya he venido alguna vez

—¿Qué tal?

—Bien

—Me dijo Sergio que currabas en un bar

—Sí, en Vila-real

—Genial

—Vamos, que llega gente

—Sí

Esteban estaba un poco rellenito, pero no tanto como para que me apretara el calzoncillo. Montamos las mesas, comimos, hablamos de esto y lo otro y al cabo de un rato estábamos sirviendo.

Yo no noté nada raro hasta que la tercera o cuarta vez que entramos en la cocina a recoger platos Esteban me rozó con el brazo.

¿Qué estaba pasando?

Juraría que me ha rozado la espalda con su barriga cuando hemos cogido las gambas de la cocina. No sé, imaginaciones mías.

Me la ha rozado otra vez. Yo creo que sí, vamos. También es casualidad que con los camareros que somos Esteban se ponga detrás de mí para coger los platos.

Después de cuatro tentativas frustradas por parte de Esteban, porque yo estaba encandilado con Sergio, abrí los ojos y me di cuenta que me estaba echando los trastos a saco.

Seré gilipollas, pensé.

De repente vi en imágenes todo lo que había pasado entre Esteban yo. Me enamoré rápido. Por no ver no me había dado cuenta de la barriga que tenía, de su cara gordita, de las manos blanditas.

Pues ahora me tocaba a mí. Entramos a por más platos y le rocé una teta con el

codo. No se apartó.

¡No se aparta!

Joder, no podía ser. Esto no me podía estar ocurriendo a mí. Y menos en esta situación, con Sergio, los padres y el resto de familiares delante. No podía ser. Pero yo seguía con lo mío. Ahora disimular me sentaba muy bien.

Va, venga, comer, que quiero coger los postres de la cocina que se enfrían. Ay, si son helados.

Le he vuelto a rozar una teta con el codo y no se ha apartado. Voy a por más gofres de chocolate. ¡Vivan los gofres!

Me tiemblan las piernas. Que no se me caigan los platos que si no lo mando todo a la mierda. Y Sergio no para de beber.

Lo mejor de todo, según para quién, es que empezamos a tontear delante de Sergio. Rollo te meto el pie por abajo, me coges del brazo. Para que nadie se diera cuenta menos el interesado. Supongo que Esteban no era consciente de lo que estaba pasando en segundo plano, en las consecuencias. Pero yo encantado.

Relájate Lucas, que te estás poniendo más caliente que la taza del café. Y Sergio no hace más que mirarnos desde la mesa y no para de beber. ¿Se habrá dado cuenta de lo que pasa entre Esteban y yo?

¿Por qué me mira tanto Sergio? El perro del hortelano, ni come ni deja comer. Pues chico, yo me vuelvo a la barra con Esteban. A la mierda.

Ahora sí que nos ha pillado pero bien. ¿Por qué se levanta de la mesa? Yo a lo mío. ¿Qué me han pedido? Ah sí, un pacharán con hielo y dos tes.

Joder, Sergio está vomitando ahí afuera. ¿Qué hago?, ¿voy? Mejor me quedo.

Esteban está para comérselo. Y yo que no me había dado cuenta hasta ahora. Como cuando nos hemos cambiado de ropa abajo no le he mirado. A veces soy tan discreto. Cómo se le marcan las tetas en la camisa. Y la barriga.

Ah, ya está aquí Sergio. Joder, se ha quedao blanco. Como no ha parao de darle a la cerveza. Yo me voy a la cocina con Esteban.

—¿Cómo va?

—Bien

—¿Te ayudo a secar?

—Claro, ponte aquí

—Vale

—Toma una servilleta

—Gracias

—¿Eres de Nules, Lucas?

—No, de Castellón, estudio con Sergio

—Ah

—Pero esta noche me voy a Valencia

—¿Sí?

A Esteban no pareció gustarle la idea de que me fuera a Valencia. Supongo que pensó que pasaba de él, que me daba igual su compañía.

¡No puede ser!, ¿qué he hecho mal? ¿Por qué se tiene que joder si hemos hecho lo más difícil ya?

Vamos a ver, que yo descubriera que me estaban echando los trastos ya había sido toda una lucidez por mi parte. Pero acababa de leer la carta de Gisela donde me decía que me fuera de una puta vez a Valencia. Y se ve que con este pensamiento no fui capaz de lidiar, no fui capaz de arrancarlo de mi mente, de cambiar de idea en el último momento sabiendo que lo mejor estaba por llegar.

Así fui, unicelular.

¿Huy?, ¿dónde está Esteban?, ¿se ha ido? Piensa, piensa, Lucas, si acaba de quitarse la camisa. Mierda. Se la habrá dado al padre de Sergio porque se iba. Joder, podía haberse despedido. ¿No va a volver más? ¿No voy a verlo nunca más? Mierda, y yo me tengo que esperar a cobrar. Se me ha quedado su pecho grabado en la retina. Joder, qué tetas tenía.

La cagué. Y además Esteban se quitó la camisa delante de mí.

¡En mi cara!

Cobró y se fue. Cuando pude salir al cabo de un rato casi tropiezo con Sergio, que estaba sentado en la escalera bebiendo agua. Sí, ahora bebe agua, pensé.

Lo peor es que Esteban todavía estaba en el parking. ¿Me esperaba? No te lo puedo decir. Cuando me vio subió al coche y se marchó.

Me despedí de Sergio y subí al coche de mala hostia dirección Valencia. Puta Valencia. ¿Por qué no me he ido a tomar una copa con Esteban como hacen todos los camareros del mundo al terminar la faena?, pensé.

Pero bueno, después de equivocarme por enésima vez en la dirección del corazón, al menos debía aprovechar la oportunidad que me ofrecía la gran ciudad y no cagarme en ella.

Era la primera vez que salía de «ambiente». Descubrí esta palabra en una revista gay que conseguí en una librería de Valencia un día que me acerqué a ver qué había por ahí que pudiera interesarme. Llevaba la revista conmigo para guiarme por las zonas y los locales de ambiente.

Después de recibir los pitidos de tres o cuatro coches por conducir mal en ciudad llegué al centro. Tenía la plaza de toros y la estación de trenes a mi izquierda y la plaza del ayuntamiento a mi derecha. Lo difícil era aparcar. Me metí por una calle y luego por otra y me perdí. Pregunté a una mujer en el semáforo. Me dijo que si quería pasar un buen rato. Resultó que era prostituta. Yo como nunca las había visto en el centro de Castellón. Se lo agradecí pero le dije que no. Luego me indicó dónde se encontraban las Torres de Quart.

Al final aparqué. Cogí el mapa y me guié. Recuerdo cómo sudaba al verme próximo de lo que tanto había pensado y nunca me había atrevido. Abrí la puerta de Venial, una discoteca de la calle Quart, pagué y entré.

Qué despago me llevó. La oscuridad del ambiente, el fetichismo de cuero y látex, y el miedo a perder la virginidad con una sola mirada no estaban allí. Era una discoteca normal y corriente. Bueno, había más porcentaje de chicos de lo habitual.

A los cinco minutos me alegré de formar parte de esa normalidad. No pasaba nada por estar allí, por bailar y mirar.

Al minuto seis me llevaba dos desengaños. El primero que la música no era como la del pub Ricoamor. Bueno, sí, se trataba de una discoteca, pero en la de Castellón también ponían rock and roll. El segundo que los chicos, muy guapos y bien vestidos, no eran de mi tipo.

A mí me gustaban los chicos gorditos. Los hombres gordos. Descubrí mi preferencia obesa antes que la sexual.

También me gustaban los chicos un poco menos arreglados. No sé, aunque no vistieran tan cutre-Castellón-mercadillo como me había definido Ana. Por lo menos ¿yo qué sé?, que llevaran la camisa por fuera del pantalón.

Tomé la copa y esperé a que entrara alguien para amar. Pero esa noche tampoco era mi noche. Esperé una última oportunidad y al final me fui a por el coche.

De camino a Castellón me entró la risa tonta y compasiva. Con tantas restricciones y manías por mi parte, normal que no me comiera un torrao.

Volví a las clases, al día a día. Continué con el trabajo de filosofía y mi particular visión poética de la Pena. ¿Quién iba a pensar entonces que un día me encontraría de morros con ella?

Con la pena arriba la muerte a la tierra, la tristeza suprema, la lástima completa; deja su aliento de muerte sobre el alma del que espera; y se marcha con la soledad primera a las estrellas.

Viendo que no lograba olvidarme ni de Sergio ni de Esteban, reservé un billete de tren a Madrid para el fin de semana con la excusa del festival internacional de cine gay lésbico que se celebraba en la capital.

Al finalizar la semana de clases, de intentos ridículos y desesperados por disimular dos desengaños, por fin llegó el viernes por la tarde.

Carmen y yo nos despedíamos de Sergio. Pero él quería decirme algo importante.

—¿Puedo hablar un segundo contigo?

—Claro. Carmen, ahora voy

—Vale

—Dime Sergio

—Nada, que quería decirte un par de cosas

—Ya

- Pues que
- ¿Es por lo del restaurante?
- Sí, bueno, en parte
- Espera
- ¿Sí?
- ¿Te importa decírmelo cuando vuelva de Madrid?
- No
- Es que así me voy más tranquilo
- Como quieras
- Mejor
- Bueno, pues que tengas buen viaje
- Gracias
- Hasta luego

Por fin, pensé. Por fin iba a decirme que me quería. Joder, sí que le había costado decidirse. Ya está, cavilé, todo se debía a la escena de celos con Esteban en el restaurante. Pero bueno, lo importante era que volvía a mi lado, conmigo, para siempre.

Joder, a ver si quería decirme que no. A ver si iba a darme esquinazo. A ver si me pegaba la hostia que me dijo Gisela que no me iban a reconocer ni mis padres. No, seguro que no. La hostia ya me la dio cuando me rechazó en Mercadona. Ahora no, ahora era diferente. Ahora lo tenía claro, sí, lo había notado.

Mi corazón volvía a latir fuerte. Tenía una sensación de bienestar, de júbilo, de crecimiento personal.

¡Me quiere!

Joder, qué ansiedad tenía, yo no me quería ir a Madrid. Yo quería estar con Sergio, con el amor de mi vida. Y ahora que lo tenía me volvía a marchar. Mierda, siempre igual. Como con Esteban. Bueno, Esteban ya me daba igual. Ahora sólo tenía ojos para Sergio. Sí, por fin.

Carmen y yo volvíamos para casa. Ahora sí que podía hablar con ella de todo lo que me pasaba. Para, para, pensé, de esto último no. Mejor esperar. Mejor darle la buena noticia cuando volviera de Madrid. Con calma, me lo tenía que tomar con calma. Mejor hablar de cualquier otra cosa.

- Venga, va, ahora me vas a decir que no te gusta el profesor, Carmen
- Bueno
- Y a mí me da que él también a ti
- Qué dices
- Si no ya me dirás cómo te ha puesto un seis y medio sin presentarte al examen
- Pero si ellos no miran los nombres cuando firman las actas
- Huy que no

—Se habrá equivocado
—Pues qué casualidad
—¿El qué?
—Nada, nada
—Bueno, Lucas, yo me quedo aquí
—¿No vas a casa?
—He quedado con Sandra y luego con Sergio
—¿Con Sergio?
—Se va a ver una peli al cine y luego hemos quedado para el trabajo de filosofía
—Pero si a ti no te hace falta estudiar que te aprueban
—Ay, Lucas
—Bueno, pues ya nos veremos
—Que tengas buen viaje
—Gracias
—Tráeme alguna postal aunque sea
—Claro
—Bueno, dos besitos
—Sí
—Hasta luego

Había quedado con Sergio. Bueno, tampoco pasaba nada, pensé. Si a Sergio le apetecía decirle a Carmen que me quería no importaba. Siempre cabía la posibilidad de que ella me lo contara por teléfono esa misma tarde. Aunque seguro que no me llamaba, a Carmen le gustaba hacer las cosas bien, y si era Sergio quien tenía que declararme su amor, tenía que ser él y solamente él.

Sí, por fin me quería. Pero era mejor no impacientarse. Teníamos toda la vida por delante.

Carmen no me llamó esa tarde. Daba igual, ahora me iba a Madrid. Eso era lo importante, Madrid.

Y para Madrid que me fui.

Joder, qué ciudad más flipante para un chico de provincias como nos llaman aquí.

Casualidades de la vida guardaba en la cartera el número de teléfono de un amigo gay de mi ex que estudiaba Arte Dramático. Me metí en una cabina y le llamé.

—¿Carlos?
—¿Sí?, ¿quién es?
—Soy Lucas, el ex de Marta de Castellón
—¿Qué Marta?
—La de la panadería
—Ah, sí
—¿Sabes quién soy?

—Sí, dime

—Nada, que he venido a pasar el fin de semana a Madrid

—Ya

—Y eso, por si salías algún día

—Es que estoy muy ocupado

—Ah

—Tengo que ensayar una obra de teatro

—Pues nada, ya nos veremos en otra ocasión

—Hasta luego

—Carlos

—¿Sí?

—Es que quería decirte una cosa

—Dime

—Me da un poco de vergüenza pero quería que lo supieras

—Qué

—Es que ya no salgo con Marta

—Ah, muy bien

—Y que soy gay

—¿Qué me dices?

—Sí, bueno

—¡Nena, pues vente para mi casa que esta noche doy una fiesta de pijamas!

—Como quieras

—¿Sabes dónde está la Plaza del Callao?

—Estoy aquí ahora

—Te recojo en la parada de metro que hay en el centro de la plaza a las nueve, ¿te va bien?

—Perfecto

—Hasta luego

—Adiós

Y allá que fui con el pijama en la bolsa más chula que conseguí, porque el pijama mejor ni te cuento.

—¿Qué tal, Lucas?

—Bien

—Dos besos

—Sí

—¿Y qué se te ha perdido a ti en Madrid?

—Bueno, en principio venía al festival de cine gay y lésbico

—Ah, claro

—Esta tarde he visto un par de películas

—¿Y qué tal?

—Una pasada

—Perdona lo que te he dicho esta mañana que tenía que estudiar el texto para la obra de teatro, pero me daba palo que vinieras a la fiesta con tanta mariquita junta

—Tranquilo

—Es aquí

—Vives en el centro

—Sí, con cuatro compañeros más

—Joder

—Es que no sabes cómo están los alquileres

—Me imagino

—Esta es mi casa

—Qué grande

—Te voy a presentar, pero no te asustes de lo que puedas ver que aquí nadie se corta

—No te preocupes

—¡Ei! ¡Escuchad! Os presento a Lucas, un amigo de Castellón

—Hola. Ei. Qué tal

—Felipe y Iago, Manolo y Paolo, Maribel, Xoan y David, Carlos y Cuñada, Pepe y Paco, David y Vicente, Coco y Paqui, y Kike y Paco. Huy, qué trabalenguas

—Encantado

—¿Has traído pijama?

—Lo llevo en la bolsa

—Pasa por aquí y te cambias

—Gracias

Me presentó a sus amigos. Era la primera vez que veía tanto gay en una misma habitación. La primera vez que oía hablar a un chico en femenino. La primera vez que me sentí a gusto con lo que soy.

Bebimos y nos fuimos directos a la discoteca.

—Pero ¿tú no ligas o qué?

—¿Con quién, Carlos?

—No sé, esto está lleno de tíos buenos

—Me gusta ese

—¿Ése?

—No, el de allí

—¿Aquél?

—El de su izquierda

—¿El gordo?

—Sí
—¿Te van los osos?
—¿Los qué?
—Los tíos gordos con pelo
—Sí
—Pues acércate
—¿Y qué?
—Le dices algo
—Qué
—Pregúntale cómo se llama
—Me da palo
—Pues mírale
—¿Y qué más?
—Ya está, si le gustas se acercará
—¿Así de fácil?
—Claro
—Es que ya llevo mirando un rato
—¿Y qué?
—No me hace caso
—Entonces acércate
—Uf
—Venga, chico, que la noche es joven
—Vale
—Hola
—Hola
—¿Cómo te llamas?
—Fernando
—Yo Lucas
—Encantado
—Igualmente
—Carlos
—Qué
—Ya
—¿Ya qué?
—Se llama Fernando
—Muy bien
—¿Y ahora qué?
—¿Cómo que ahora qué?, ya deberías estar enrollándote con él
—¿Tan rápido?

—¿Para qué esperar?

—¿Cómo va, Fernando?

—Bien

—Me alegro

—Yo también

—¿Quieres tomar algo?

—Vale

—¿Nos sentamos?

—Sí

—¿De dónde eres?

—De la Moraleja

—Yo de Castellón

—Qué lejos

—Sí

—¿Y qué haces aquí?

—He venido a pasar el fin de semana con unos amigos

—Eres muy guapo

—Tú también

—¿Me esperas un momento, Lucas?

—Claro

—Es que voy a decirle a mi hermana que me quedo

—Vale

—¿Cómo va, Lucas?

—Muy bien, Carlos

—¿Y el chico?

—¿Fernando?

—Sí

—Se ha ido a despedirse de su hermana para decirle que se quedaba conmigo pero todavía no ha vuelto

—¿Cuánto hace de eso?

—Media hora

—Te ha dejao tirao

—¿Sí?

—¿Media hora?

—Ya, tarda un poco

—Se ha ido

—¿Tú crees?

—Claro

—Joder

—Tranquilo

—Para uno que me gusta

—No pasa nada

—Con lo que me ha costado hablar con él

—A por otro

—¿Qué?

—Que a por otro, Lucas. Esto está lleno de tíos. Madrid es un hervidero de hombres en celo

—Ya

—Va, no te desanimas

—No

—Ay, Lucas

—Por lo menos me queda Sergio

—¿Quién?

—El de Castellón

—Ah, sí

—¿Sabes que cuando iba a declararse le dije que esperara?

—¿A qué?

—A que volviera de Madrid

—¿Tú estás loco?

—¿Por?

—¿Cómo le haces eso?

—¿El qué?

—Dejarlo con una declaración en la boca

—No sé

—La verdad es que lo tuyo no tiene nombre

—Es que no quería venir sabiendo que él me quería. ¿Te imaginas qué mal rollo?

Una vez que consigo algo me marcho de su lado

—Es que te tendrías que haber quedado con él

—¿Sí?

—Joder, ¿no te importa tanto?

—Lo que más en el mundo

—¿Y por qué le dejas así?

—Ya, pero no pasa nada, vuelvo el lunes

—Entonces no pienses más

—Ya

—Pero si eso te hace feliz

—Mucho

—Pues, a por Sergio

—Sí

—Pero no sabes lo que te pierdes en Madrid

—Uno que me gusta sale espantao. Yo creo que como le he dicho que estaba de paso se ha cortao

—Qué gente más rara

—Sí

—Con lo que mola el rollo de una noche

—¿Sí?

Bueno, sentimientos aparte, nos pegamos un festón inolvidable.

Volví a Castellón el lunes por la tarde y me acerqué a la Universidad en coche. Aparqué al lado del Seat de Sergio. Cogí aire y salí. Me crucé con Amparo. Hablamos.

Nos dio el puntazo y nos fuimos a la playa de Vinaros. La verdad es que es que sentí una de las sensaciones más liberadoras de mi vida. Y todavía me pregunto por qué. Supongo que nos queríamos cada uno a su manera. Nos sentó bien escapar de todo. Coger coche y juventud, y largarnos adonde nos diera la gana. Sin planificar siquiera el hecho de escapar.

—Gracias

—De nada, Amparo

—¿Y cómo es que hoy has traído coche?

—Por si me hacía falta

—Ah

—Entonces no has visto a Sergio

—No

—Qué raro

—Siempre pasa por la cantina, pero hoy

—Ya

—¿Se puede fumar aquí?

—Claro

—Bajo la ventanilla

—Sí

—Qué buen día hace hoy

—La verdad es que sí

—Yo no llevo bikini

—Ni yo bañador

—Da igual

—Sí

—Nadie me quiere, Lucas

—¿Por qué dices eso?

—El chico de Magisterio que te hablé me ha dicho que no
—¿Por?
—Sólo quería
—¿Rollo de una noche?
—Sí, bueno
—¿Y qué?
—Pues nada
—Te gustaba
—Mucho
—A ver si también es gay
—No, hombre
—Ah
—No quería comprometerse
—Pero ¿tú qué le dijiste?
—Lo mismo que a ti
—Que querías salir con él
—Sí
—Qué raros somos los hombres
—Luego dicen de las tías
—No te agobies
—¿Y a ti?
—Qué
—Con Sergio
—Ah, tenía que decirme algo importante
—¿Sobre qué?
—Sobre salir conmigo
—¿Sí?
—O tener un rollo, no sé
—¿Por eso me has preguntado por él?
—Sí
—Ahora me sabe mal haberte pedido que nos fuéramos
—Tranquila, he de tener paciencia
—Lo que no he tenido yo
—¿Con el chico?
—Ni contigo, a la primera de cambio te pido salir y ¡zas!, me sueltas que eres gay
—Lo siento
—No pasa nada
—¿Estás mejor?
—Sí

—Eres muy valiente por decir las cosas a la cara y como lo sientes
—Para lo que me sirve
—Ya, pero
—Si todavía no sé qué es salir con un tío
—Ya llegará
—Eso espero
—Ten paciencia, mujer
—¿Y a ti con Sergio?
—Qué
—¿Le has besado?
—Algo hemos hecho
—Pero ¿entiende?
—Yo creo que sí, ¿no te acuerdas de lo que nos dijo sobre la bisexualidad?
—Ya, pero eso no quiere decir nada
—Para mí sí, no tenía la necesidad de hablar de eso
—Porque te admira y no quiere perderte
—Yo tampoco
—Pero tú no lo quieres igual que él a ti
—¿A no?
—Tú lo tienes claro
—¿Y él?
—A mí me parece que no, que confunde la amistad con lo otro
—Puede ser
—A ver si te vas a dar contra la pared
—Eso me dijo mi amiga Gisela de Dublín
—Aunque
—¿Sí?
—Yo creo que tiene algo
—¿Sergio?
—Sí
—¿De qué?
—No lo sé, lo noto
—¿En qué?
—En su forma de andar
—No me habías dicho nada
—Anda como tú
—¿Y cómo andamos los gays?
—No sé, algo tenéis
—Me alegro

—Pero eso no quiere decir nada

—Para mí sí

—Porque te interesa

—Puede

—Sí, puede

—¿Y qué crees que pasaría?

—¿Sí?

—Si me pidiera salir

—Suerte para ti

—Gracias

En la playa ella sin bikini, yo sin bañador, los dos ni toalla. A la fresca. Joder, el agua estaba congelada. Pero bueno, nos lo habíamos prometido.

—Va, Lucas

—No que está muy fría

—Mírame a mí

—Sí, valiente que eres, Amparo

—¿Para eso hemos venido?

—Es que me da vergüenza

—Pero, si llevas calzoncillos

—Por eso

—¿Y a mí qué?, si se me marcan las tetas

—No miro

—Qué tonto

—¡Allá voy!

—Muchas gracias, Lucas

—No tienes que agradecerme nada

—Me lo he pasado genial

—Yo también, estoy muy a gusto contigo

—Lástima

—Sí

—¿Qué le vamos a hacer?

—Ya

—Cógeme

—Claro

—Me encanta bailar así

—A mí también

—Te quiero, Lucas

—Hm

—Como nunca he querido a nadie

- Gracias
- No tienes que agradecerme nada
- A ver si te piso
- Me da igual
- A mí no me importa dormir juntos, Lucas
- Ya, pero, habiendo dos habitaciones con camas
- Como quieras
- Buenas noches, Amparo
- Buenas noches

Anda que soy la hostia. ¿Qué me importaba dormir con ella? ¿Para eso tanta amistad, tan buen rollo, tanto agradecerle todo? Sí, muy a gusto con ella pero en camas separadas. No se me vaya a pegar nada. ¿Y si me levanto y me acuesto con ella? Ya es tarde. Ya la he cagado. Ahora no intentes arreglarlo. Bueno, da igual, si es lo que yo quería ya está. Así mejor. No debo darle pie. Está enamorada, me lo ha dicho en la cara. Si yo le llego a decir que me acuesto en su cama seguro que algo esperaba. Aunque igual no. ¿Yo qué sé? Igual sólo quería a alguien para no dormir sola. Yo también soy la hostia consagrada. ¿Y qué hubieras hecho?, ¿dormir abrazado a ella? A ti no te importa, claro, como no te pone nada. Pero tú a ella sí. Mejor así, cada uno en su cama. Como cuando Sergio se quedó a dormir en el cuarto de invitados. ¿Qué te hubiera parecido si Sergio entra en tu habitación y te pide dormir a tu lado como muestra de amistad? Que te hubieras hecho una paja mental, porque tocarlo nada. Ay, ¿qué hago?, ¿hago el amor con ella? ¿Qué me lo impide? Además, todavía llevo los cuatro condones que me sobraron en el coche. Bajo, los pillo, y me meto en su cama. No, ¿qué dices?, podría traumatizarla. Como lo hubiera hecho con Sergio si me acuesto en su cama. Nada, a dormir se ha dicho.

Pensé y repensé si lo debería o no hacer y al final me dormí justificándome.

Volví a casa con la sensación de haber pasado otro día inolvidable.

Y de nuevo a las clases. Pero antes que pudiera saber qué me quería decir Sergio aquella tarde antes de irme de viaje pasó algo muy feo.

Prometí a Carmen una postal de Madrid. Y, con tanta fiesta, tanto pijama y tanto after, sólo me quedó tiempo para comprar un par de postales. Una para Carmen y otra para Sergio.

En el tren de vuelta rellené la postal de Carmen. Le decía lo bien que me lo había pasado y me despedía con un abrazo. Al llegar a Castellón la tiré al correo. Ya que había tenido la desfachatez de dejarlo para el último momento por lo menos que le llegara por este medio.

Pero olvidé que el padre de Carmen trabajaba en Correos. Cuando le llegó la postal, después de agradecermelo, me dijo que llevaba el cuño de la oficina de Correos de Castellón. Yo me excusé.

La otra postal hizo más daño. Se la entregué a Sergio con la soberbia de saberme amado. En el dorso una metáfora sin sentido sobre una parte del cuerpo humano.

No fui consciente del grave error hasta que recibí una misiva de su parte. Sergio y yo, aparte de las breves notas que nos pasábamos en clase, manteníamos una irregular correspondencia en sobres, que nos pasábamos de mano en mano, en la que nos contábamos cosas sobre arte, inspiración y personalidades creativas.

Abrí el sobre y leí su carta. La releí una y otra vez. Busqué la ironía que nos caracterizaba en nuestra correspondencia pero no la había. Traté de relativizar lo que me escribía pero no podía. Intenté restarle importancia al hecho pero ya había manchado el parqué del suelo con la sangre de mi herida.

No podía estar más cerca y a la vez más lejos. De tener a Sergio en mis manos a ser víctima de sus demonios, de su caos neuronal, de su rabia escrita en verso.

Yo siempre había envidiado su escritura. Envidia sana sólo por el hecho que lo mío era la música. Sergio era y sigue siendo un genio con la pluma. Leías una sola página suya y se te caía la baba. A saber: los profesores se pasaban entre ellos los exámenes de Sergio como ejemplo paradigmático de un examen perfecto, y no por su nivel de conocimientos, que tampoco iba escaso, sino por la forma de contarlos. Dominaba todos los recursos lingüísticos, alucinabas con su vocabulario. Sólo podías rendirte ante tal derroche de bien hacer literario.

Te cuento esto para que te hagas una idea de cómo me quedé al leer la carta.

Pero lo que me superaba, lo que más me costaba era reconocer que Sergio tenía razón en todo lo que decía sobre mi complejo de inferioridad disfrazado de superego, mi pretenciosidad artística maquillada de creatividad, y mi esencia abyecta, mundana y rastrera pintada detrás de una cara bonita. Decía de mí que era superficial y superfluo, que no era más que un encantador de serpientes que sólo servía para crear artistas, para encandilarlos, para hacer que comieran de mi mano. Sí, para eso sí que servía, era el don que me habían dado. Para hablar y convencer al prójimo de su arte, porque lo que era el mío, nada de nada. Yo no era más que un charlatán.

Así una tras otra. En verso y en prosa. Todos los dardos en la diana. La jugada perfecta. La partida ganada.

Nos sentamos y hablamos sobre la postal y la carta. Supongo que me disculpé. Si no, aprovecho ahora para pedirte perdón dos años después.

Pero entonces yo no era consciente de todo lo que me decía. ¿Cómo podía imaginar que guardaba dentro tanta hipocresía? No podía ser. Yo siempre había sido un chico modélico. Un chico agradable que no se enfadaba con nadie. Un chico con la sonrisa en la cara a quien se me acercara. Qué miedo. Lo que no imaginaba entonces era que podía tener esos sentimientos dentro. Que un día podía estallar y sacar de mí todo lo abyecto, mundano y rastrero, como me decía en su carta Sergio.

Yo perdía el tiempo buscando el ideal de las personas, aquella esencia que

llevaban dentro, lo que les convertía en seres auténticos capaces de hacer el bien. Pero no quería reconocer que todo aquello que me decía Sergio también estaba en lo más profundo del ser.

Yo cantaba al orden cósmico. Él dibujaba su desorden terrenal. Uno y otro competíamos como dos superhéroes por dominar la paz mundial. Un tira y afloja entre el bien y el mal universal más allá de nuestras vidas.

Pasaron dos días y todo volvió a la normalidad. Aquello no había sido más que una rabieta, pensé, un episodio más de nuestra vanidad. De nuevo clases, exámenes, y breves notas por debajo del pupitre. Todo iba genial. Yo seguía con el trabajo de filosofía y mi particular visión poética sobre la Pena.

La pureza de la pena como idea no es hacedora de musa ni de ángel, es creadora de duende. Y el dolor que expresa su grito profundo es la misma muerte.

Pero la carta había dejado una conversación pendiente, a medias. Sergio iba a declararse. Yo esperé pacientemente, no como otras veces que la había cagado, a que surgiera el tema y por fin quedáramos una tarde a charlar en alguna cafetería bonita como La Casa Verde.

Y así ocurrió.

—¿Qué quieres, Sergio?

—Una Heineken

—Otra para mí

—¿Qué tal por Madrid, Lucas?

—Muy bien, hay una marcha increíble

—¿Sí?

—Garito, garito, discoteca y luego after

—Joder

—Una pasada, la noche te arrastra

—Qué bien

—Aquí tienen

—Gracias

—Bueno, además he visto mucho cine

—¿Ah sí?

—Hacían un festival de cine gay y lésbico

—Ah

—Películas muy chulas, lástima que no las pongan aquí

—Ya

—¿Y tú, Sergio?

—Nada, con el cómic. Bueno, también hemos ido a cine

—¿Qué has visto?

—La de Tarantino

—Ay, tengo que ir

—Sí, está muy bien

—Pues bueno

—Sí

—¿Qué era eso tan importante que me querías decir?

—¿Quieres otra cerveza?

—No, gracias

—Pues, un par de cosas

—Dime, Sergio

—Que soy heterosexual

—Ah

—Y estoy enamorado de Carmen

—Vaya, no sabía nada

—Ella tampoco

—¿Todavía no se lo has dicho?

—No, pensaba hacerlo este fin de semana cuando la acerqué a casa después del cine pero no me atreví

—Pues, adelante

—¿Y tú, Lucas?

—¿Yo qué?

—¿No tienes nada que decir?

—¿Qué puedo decir?

—No sé, pensaba

—Es cosa vuestra

—Sí, ya, pero

—Yo ahí no pinto nada

—Entonces, ¿tú crees que ella?

—Inténtalo

—Gracias

—Me voy ya, Sergio

—¿Ya?

—Sí, es que

—¿Estás llorando, Lucas?

—Qué va. Bueno, nos vemos. No te importa pagar, ¿no?

—Claro que no

Me dijo que era heterosexual y que estaba enamorado de Carmen. Salí de la Casa Verde. Empecé a ponerme morado. ¿Me habrán envenenado?, pensé. La Heineken, habrá sido la Heineken. ¿Por qué? Mierda, pero si yo siempre tomaba San Miguel.

¡No, no, aaaaaahhhhh, por favor, nooooo!

—Por dentro

Por fuera el diplomático Lucas le había dicho a Sergio que adelante, que lo intentara con Carmen y que tuviera mucha suerte.

Me fui rompiendo a cada paso. Hasta que no aguanté más en pie y me metí en un portal a llorar.

No, no puedo. No puedo imaginármelos juntos, abrazados, y menos haciendo el amor. ¿Por qué pienso esto? ¿Y yo qué sé?, pero no me los puedo imaginar juntos. No puede ser. Esto no. A mí no. Esto me supera. No puedo luchar contra esto. No quiero hacer ninguna locura. No me dejes Lucas, ayúdame.

Ahora sí, esta era mi gran mi muerte. La definitiva.

Parecía que se ponían de acuerdo los astros, un nuevo orden universal temperado. Yo no correspondía a Amparo y Sergio hacía lo mismo conmigo. Era una forma de entender el dolor de los demás y el que yo provoqué. La mejor manera de ponerme en la piel de Amparo el día que le dije que era homosexual, era quedarme en la mía ante el rechazo de Sergio. Ahora comprendía su dolor.

Sólo una diferencia había. Yo no volvería a ser amigo de Sergio como Amparo había hecho conmigo. Mi orgullo me lo impedía. Yo era un ser de dos caras, de todo o nada. ¿Qué demonios quería decir aquello de la amistad tras el rechazo?, ¿de la unión tras la pérdida? Aquello me venía muy grande. Yo no era capaz de hacerlo.

A no ser que cambiaran mucho las cosas, o que pasara mucho tiempo, o que Sergio adelgazara. ¿Qué iba a hacer si el amor se me colaba por los ojos? Yo no tenía la culpa.

Allí estaba, llorando en el portal, cuestionándome la vida, la de los demás y la mía, cuando me vio Ana, mi amiga del cortometraje. Me cogió de una oreja y me llevó a su casa.

—¿Se puede saber qué coño hacías llorando en la calle?

—Estaba en el portal

—Me da igual

—Es que he visto a Sergio

—¿Y por eso te pones así?

—Porque he hablado con él

—¿De qué?

—Se ha enamorado de Carmen

—¿Tu amiga?

—Sí

—Qué putada

—Ni te lo imaginas

—Pues que le den

—Es que le quiero

—Y qué, él a ti no
—Aaaaaahhhh
—Va, déjate de romances, ¿quieres algo?
—Un café
—Mejor una tila
—Lo que quieras
—Pero tranquilízate
—Es que no me los puedo imaginar juntos
—Pues hazte a la idea
—¿Y yo qué?
—A vivir la vida
—No quiero vivirla
—¿Qué vas a hacer, suicidarte?
—¿Y a quién mato entonces?, ¿a mi mejor amiga o al amor de mi vida?
—Pero ¿qué tonterías dices?
—Me muero
—Toma y bebe
—Gracias
—Estás vivito y coleando
—No me los puedo imaginar haciendo el amor, me supera
—Pues imagínatelos tomando tila, como tú y yo. Pero ¿quieres hacer el favor de dejar de llorar?
—Sí, ya
—A ver, coge aire y explícame
Entre sollozo y sollozo le conté casi todo, como ya me daba igual. Ella escuchaba impasible. Me daba miedo por si me reñía por algo que hubiera hecho mal.
—Joder, qué rollo más chungo, Lucas
—¿Por qué te crees que estoy así?
—Dame un pañuelo
—No llores tú también, Ana
—No, es que se me caen los mocos
—Ah
—Bueno, ¿y qué hacemos con el corto, Lucas?
—Pues, rodarlo
—Al final mi colega sí que quiere hacerlo
—Muy bien
—Ya se sabe el texto y todo
—Perfecto
—¿Cuándo empezamos?

—No lo sé
—Lo sabré yo
—La semana que viene
—¿El viernes?
—O el sábado
—¿Y dónde se rueda?
—En una ermita que hay en mi pueblo
—¿Tenemos coches para ir?
—Claro
—Pues, quedamos el sábado
—¿Te recojo aquí?
—Vale
—¡Aaaahhh!
—¡No llores más, Lucas!
—No puedo
—Claro que puedes
—Me quiero morir
—Y yo un piso de cien metros
—Ana, por favor
—Ni por favor ni hostias, alegra esa cara, que nadie merece tus lágrimas
—Sergio sí
—Sergio no, pero se acabó
—¡No puedo imaginármelos juntos!
—Y dale, deja ya de imaginar y pon los pies en la tierra
—Es que
—Ni esque ni hostias, vamos a dar una vuelta y te relajas
—Gracias, Ana
—No me des las gracias, sonrío y ya está

Me sacó a la calle a que me diera el aire como a los locos y se lo agradecí. Nos despedimos con un abrazo.

Y nada, eso es todo. Todo lo importante, claro. Al cabo de unos días, más relajado, hablé con Carmen.

—Supongo que ya te habrá contado Sergio
—Sí
—Pues nada, Carmen
—Yo no quiero hacerte daño
—Tranquila
—Sé lo que sientes por él
—No pasa nada

—Y si es necesario le digo que no
—Por favor, Carmen. Él no me quiere, lo nuestro no puede ser y punto pelota
—¿Y tú?
—Yo a lo mío
—Pero
—A desaparecer
—Sergio quiere seguir siendo tu amigo
—Ya
—No te quiere perder
—Yo tampoco, pero aquí no pinto nada
—No digas eso
—Carmen, vivid vuestra vida, yo ya me las arreglaré
—¿Entonces?
—Dile que sí, si le quieres díselo
—Mira qué rosas me ha regalado
—Qué detalle
—Sí
—Pues nada, me voy ya, Carmen
—Me lo ha contado todo
—¿Cuánto es todo?
—Lo vuestro
—Me alegro
—Gracias
—¿Y tú lo tienes claro?
—Sí
—Entonces, adelante
—Gracias, Lucas
—No tienes dárme las
—Te las mereces
—Que seáis muy felices
—Tú también

Desaparecí de la universidad, del restaurante, de sus vidas. Viajé con Gisela a Barcelona.

—Espera, Gisela
—Vale
—Perdone, ¿le importaría hacernos una foto?
—¿A ver? Ya está
—Muchas gracias
—De nada

—¿A ver cómo he salido, Lucas?
—Mira
—Horrible, como siempre
—Qué dices, con lo guapa que estás
—Va
—Tenía ganas de volver a estar contigo
—Yo pensaba que no ibas a venir a Barcelona
—¿Por?
—No sé, como estabas tan emparrado con el Sergio ese
—Ya ha pasado todo
—Me alegro
—Sí
—¿Y no has vuelto a verle desde aquello?
—No
—¡No te habrás dejado la carrera!
—Sí
—No me jodas, Lucas
—Me he tomado unas vacaciones
—¿Y qué vas a hacer?
—No sé, me gustaría rodar el corto que te hablé
—Muy bien
—Y estoy planeando un viaje
—¿Adónde?
—No sé
—¿A algún sitio querrás ir?
—Volveré a Madrid
—Mejor que Castellón un rato, pero ve con cuidado, que tú te emparras con el primero que pasa
—Ya
—Te irá bien viajar, conocer mundo, abrir tu mente
—Como tú
—Yo estoy cansada de viajar
—¿Vas a volver a tu Grao de Castellón?
—Quita, quita
—Bueno, a España
—Puede, estoy enviando currículums por internet
—¿Adónde?
—A empresas de Barcelona
—¿Te gustaría vivir aquí?

—Sí
—¿Y qué?
—De momento nada, hay más trabajo de lo mío en Madrid
—Pues, a Madrid
—Es que es una ciudad muy estresante
—Ya
—Y necesito mar
—Normal
—Pero ya me saldrá
—Claro que sí
—¿Es aquí?
—Sí
—Pasa
—Tú primera

Para matar el tiempo, y antes de volver los dos a Castellón, nos metimos en una librería de temática gay-lésbica.

—¿Ves algo o no, Lucas?
—De momento no
—Pero si hay un montón de libros
—Ya
—Mira éste
—No me gusta la portada
—Lo que importa de una novela es lo de dentro
—Ya, pero
—Bueno, como quieras
—¡Gisela, mira esto!
—Qué
—¡Una novela de osos!
—¿De zoofilia?
—No, mujer, de hombres gordos con pelo
—Ah, claro
—Perdone, ¿cuánto es?
—Ahora se lo digo
—¿Tiene más de este tipo?
—Ahí abajo hay un par de revistas
—Gracias. ¡Ah!
—¿Qué, Lucas?
—Una revista de osos
—Qué fuerte

—Sí, mira cuánta foto
—Quita, quita
—Me llevo estas dos y la novela
—¿Se lo envuelvo?
—No, gracias

Con el descubrimiento del mundo de los osos mi vida cambió radicalmente en cuanto al eros se refiere. Desde entonces estoy empanao perdío, ya me conoces.

Y respecto al cortometraje más de lo mismo. Nada en esta etapa de mi vida parecía que podía acabar bien.

—A ver, silencio —nos dice Edu—, claqueta y rodando toma siete

—Cristina, te amo

—Antonio, yo tengo novio

—Puedo esperar

—¿A qué?

—No sé, esperaré

—Pero, me voy a casar con él

—Esperaré el tiempo que haga falta

—Corten, corten —dice Edu—. Lucas, por favor, un poco más de realismo que parece un culebrón

—Vale, perdón

—Edu, Edu

—¿Qué pasa ahora, Dani?

—Que se ha jodido el foco

—No me jodas, hombre

—Lucas

—Dime, Ana

—¿Por qué no escribes otra cosa?

—¿Y eso?

—Es que este guión es una mierda pinchá en un palo

—¿Y me lo dices ahora?

—Más vale tarde que nunca

—¿Y qué quieres que escriba?

—Lo tuyo con Sergio es mucho más interesante que esto

—Eso no lo contaré nunca

—Va, chicos —dice Edu—, que se nos hace de noche y no tenemos foco. Silencio, por favor. Claqueta y rodando toma ocho

—Cristina, te amo

—¡Coño, que tengo novio!

Así es que lo único que me queda es la música. A ver si me decido y vuelvo a

tocar. Y de paso le doy una alegría a un amigo que todavía me está esperando en el local de ensayo. Y grabaré la canción que un día te canté en mi cuarto y, por qué no, alguna poesía musicalizada de Lorca.

Las estrofas se quedan cortas cuando tienes algo que decir la sinceridad cómo importa cuando tienes algo de que hablar

El amor se demuestra amando y no hay otra forma de expresar y la rabia se muestra odiando cuando no hay nada más

Mi corazón siente amor y rabia por tu amor

Tiraré a la basura los escritos sobre mi particular estudio de la Pena, que me servían de excusa para no llorar y controlar un sentimiento que resultó ser más fuerte que yo.

Más allá del dolor, del complejo de inferioridad y del rencor está la pena. Por la relación que pudo ser y no fue. Pena por los dos.

Pena en conexión con la muerte, con la pérdida.

Sentimiento ideal, sentimiento de esencias.

Y espero que hagas lo mismo con esta carta, que la tires, la recicles o lo que te dé la gana. Yo, a partir de hoy, no le voy a dar más vueltas.

Uf, por fin, se acabó. Joder, qué tarde se ha hecho. Muchas gracias por seguir ahí.

Pues eso, Migue, ¿qué más te puedo decir? Me gustaría olvidar lo que ocurrió. Dejar de sufrir. Pero ¿qué le voy a hacer? Esta historia forma parte de mí. Yo la elegí.

Debo dejar tiempo al tiempo. Y si un día vuelve la pena me encontrará aquí. Y volveré a llorar. Como lo llevo haciendo toda la tarde desde que me he encontrado con Sergio en la calle.

Pero bueno, siempre agradeceré tener un amigo a quien podérselo contar.

Un abrazo,

Juan.

LA CALLE

- Lucas, Lucas
—¿Sergio?
—El mismo
—Joder, no te había reconocido, cuánto tiempo
—Sí, bueno, es que he perdido unos kilos
—Estás delgadísimo
—Bueno, aún me queda
—¿Qué haces por aquí?
—He venido a comprar un regalo
—¿Cómo va todo?
—Muy bien
—Me alegro
—Lucas, ¿te ha dicho Carmen que nos casamos?
—Ah, no lo sabía, ya hace tiempo que no hablamos
—En octubre
—Enhorabuena a los dos
—Gracias. Vendrás a la boda, ¿no?
—Claro
—Pues
—¿Sí?
—Quería darte las gracias por todo, Lucas
—De nada, hombre
—No me porté muy bien contigo
—Tranquilo, yo también me precipité
—Hiciste lo que, bueno, lo que sentías
—Pero te agobié de mala manera
—Un poco sí
—¿Ves?
—Me gustaría pedirte perdón
—Te lo agradezco, Sergio
—Pues nada
—Sí
—Nos vemos
—En octubre, ¿no?
—Sí, ya te daré el tarjetón
—Claro, dale un beso a Carmen de mi parte
—Se lo daré

—Pues, hasta luego, Sergio
—Lucas
—¿Sí?
—Siempre he querido decirte una cosa
—Dime
—Es que no sé si ahora, bueno, no sé si es mejor que
—Habla
—Es que ya no tiene importancia
—Di
—¿Te acuerdas la noche que dormí en tu casa...
—Sí
—... en el cuarto de invitados?
—Sí, sí
—Pues, que...
—¿Sí?
—... te estuve esperando

FIN